

La Ilustración Artística



Año XIII

BARCELONA 17 DE DICIEMBRE DE 1894

Núm. 677



Fragmento del cuadro titulado «El Rosario de la Aurora,» original de J. García Ramos

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores el primer tomo de las «Obras escogidas de Ventura de la Vega,» ilustradas por Nicanor Vázquez, que es el último correspondiente á la serie de 1894. En él y merced á no pequeños esfuerzos van contenidas todas las obras poéticas del ilustre autor de «César» y «El hombre de mundo,» cuya adquisición no se hallaba hasta ahora al alcance de todos por el elevado coste de las ediciones publicadas.

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Una embajada swazi á la reina Victoria de Inglaterra*, por A. — *Los azufrales de Sicilia*. — *El abrazo*, por Enrique Corrales y Sánchez. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Los terremotos de Sicilia y de Calabria*, por X. — *Porfiado en amor*, por Haroldo Macfarlane, traducción de E. L. Verneuil. — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *El gran canal de Chicago*.

Grabados. — *Fragmento del cuadro titulado «El Rosario de la Aurora,»* original de J. García Ramos. — *Una embajada swazi á la reina Victoria de Inglaterra* (de fotografía). — *Los azufrales de Sicilia. La boca de la mina* (de una fotografía). — *El trabajo en las minas*, dibujo de Eduardo Ximenes. — *Las bodas de Nicolás II. La familia imperial reunida antes de la ceremonia en el salón de malaquita del Palacio de invierno de San Petersburgo. La ceremonia del casamiento en la capilla de dicho Palacio.* — *Contrabandistas andaluces*, dibujo original de J. García Ramos. — *Entrada en Sevilla por la puerta del Carmen*, dibujo original de Manuel García Rodríguez. — *Fernando de Lesseps*. — *Los terremotos de Sicilia y de Calabria. Procesión celebrada en Messina. Episodio después del terremoto de Bagnara.* — *Construcción del gran canal de Chicago que ha de unir esta ciudad con el golfo de México.* — *Una feria montañesa*, dibujo original de Mariano Pedrero.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Clausura del Parlamento portugués y apertura del Parlamento italiano. — La paz universal. — China y el Japón. — Los pueblos progresivos y los pueblos inmóviles. — Inteligencias de Rusia é Inglaterra con respecto á China. — Boda del czar. — Discurso del Emperador Guillermo. — Conclusión.

I

Han cerrado los ministros portugueses el Parlamento y abierto el Parlamento los ministros italianos. Aplaudamos á los segundos por haber facilitado con esta válvula de seguridad el necesario desahogo á la opinión pública, y censuramos á los primeros por sus escamoteos parlamentarios, precursores de algún terrible golpe de Estado, el cual puede traer aparejada una revolución, pues malo siempre cuando las calderas están muy cargadas cerrar las salidas por donde huye y se disipa el comprimido vapor. Las tendencias mostradas por el gabinete de Italia en el discurso regio merecen todo nuestro aplauso también, pues indican disminuciones indispensables en los gastos militares, al par que las tendencias mostradas por el gabinete de Lisboa en sus actos recientes merecen todas nuestras censuras, pues siembran gérmenes de guerra civil, más desastrosos que los miasmas generadores del cólera morbo y más abominables, pues no se puede abominar de aquello calamitoso que está en las fatalidades múltiples del universo, y se debe abominar de aquello calamitoso que genera el albedrío de los hombres. Corto aún el número de saludables economías ideadas por el ministerio Crispi en los renglones del presupuesto relativos á guerra, pero algo á la postre, siete millones de liras, muy plausibles, no por la cantidad que suman, por la inclinación que indican. ¡Ah! Doquier veamos un verdadero síntoma de paz tenemos que aplaudirlo, como aplaudimos á Italia, pues apacigua los ánimos de todos, prosperando los intereses universales; y doquier veamos un síntoma de guerra civil ó extranjera tenemos que condenarlo, como condenamos al ministerio portugués, pues sus temeridades políticas engendran inevitables discordias, cuando el planeta nuestro pide concordia y armonía entre todos sus hijos.

II

Sin embargo, viendo el horrible conflicto de Oriente conviértese uno al interior de su conciencia y le pregunta si estaremos sujetos los humanos también á perdurable guerra, como las especies inferiores, quienes unas á otras se devoran y exterminan por el ser y por el vivir, sin tregua y sin piedad. Se han los mares manchado de sangre y se han las campiñas cubierto de cadáveres. Los cañones han retumbado y refulgido como nubes tempestuosas, cual han las ciudades bamboleado sobre sus cimientos como naves sorprendidas por el huracán. Hay quien dice que los vencedores concluyen con los chinos á palos en los sitios de sus derrotas, como concluyen los marineros á palos con los ratones en las bodegas de sus

buques. Andan los regimientos japoneses á los asaltos sobre calientes entrañas y se manchan el rostro los soldados con los humores que despiden los cuerpos recién muertos al pisarlos y reventar como si fueran cuerpos de sapos. No persiguen los labriegos las bandas de langosta como persiguen los japoneses las bandas de China. ¡Pobres chinos! Les han sumergido las escuadras en los abismos; les han puesto en el caso de abandonar sus mejores posiciones; les han arrancado Corea, por cuyo dominio, más ó menos honorario, tanto han en todas las edades combatido; les han echado en la península disputada de todos los puestos donde asentarán sus pies; les han vencido en Puerto Arturo; les han arrancado una parte de su Mandchuria, en quien libraban toda su seguridad, como fortaleza boreal, contra las irrupciones posibles; y ahora no solamente les piden hasta el maravé último que puedan tener en sus cajas, sino la presa puesta en litigio y con ella la isla Formosa, poseída de antiguo por China; todo lo cual equivale, no sólo á una derrota irreparable, á una disminución vergonzosa y terrible. Así corren muy válidos miles de proyectos contra China, por aquella ley antigua de que á los vencidos no les queda otro recurso para salvarse por un esfuerzo desesperado, sino saber como no pueden esperar de parte ninguna y de nadie la imposible salvación.

III

Así no debe maravillarnos haya surgido una idea tan lógica de suyo y tan en armonía ó congruencia con todo cuanto pasa en el Asia oriental, como la división de China en trozos y el reparto de tales trozos entre potentados parecidos á los viejos reyes feudales. La *Gaceta* de Francfort tomó la delantera este verano en tal proposición; y desde la fecha del artículo suyo hasta hoy no ha retrocedido un paso el pensamiento, demostrando cómo la sacudida por el Japón dada en estos combates á China tuvo una tan grande violencia, que la tiende por tierra y la desarraiga del suelo y la conduce á su ruina, si algún esfuerzo desesperado de la grande víctima no toca el duro corazón de sus inmoladores. Hay quien cree propicio este instante para deshacer ese imperio amarillo, sujeto á su jefe y señor como las máquinas á sus motores, porque puede ir al combate, como ningún otro, según va de desposado con la muerte y de rendido á la nada. Allí, por estas creencias en la nirvana y por estas propensiones al suicidio de todo un pueblo han pasado matanzas capaces de aterrar al infierno y poner en fuga los demonios mismos, espantados de tales carnicerías, semejantes al degüello de una especie y al aniquilamiento de un planeta. Así han muerto allí, en pocos años, á hierro, cuarenta millones de tai-pings y quedándose las tierras del Yunnan despobladas y estériles, como si el filo de la guadaña que la muerte lleva en su puño hubiese concluído hasta con los animales inferiores y segado hasta la hierba de los campos y puesto en seco y en agotamiento la vida: que todo esto se necesitó para extirpar de allí el islamismo, sobrepuesto á la religión de Buda, y las familias mahometanas que habían mezclado á su sangre mogólica las ideas guerreras contenidas en el Alcorán y en sus juras. «Ya que puede un día exterminarnos, gritan los contrarios al pueblo chino, exterminemos nosotros á ese Imperio Celeste, cuyos holocaustos interiores demuestran cómo llegarían en sus triunfos á destruirnos y aniquilarnos, si alguna vez se decidiesen por la irrupción y por la conquista.»

IV

Todo el mundo admira la resolución firme con que ha entrado el Japón en campaña, la fuerza de sus ejércitos, la copia de sus recursos, la destreza de sus escuadras, la pericia de sus generales, el reconcentrado valor de sus huestes que luchan feroces con otras huestes, las cuales llevan su abnegación y su heroísmo hasta el desesperado suicidio y se hunden, como en su atmósfera propia, en la eternidad insondable. Las victorias de Yalu y de Yalong, la rápida posesión de Corea, la entrada en Mandchuria tan audaz como segura, las amenazas á una ciudad como la santa Mukden, carísima por mil títulos á los chinos, hacen del Japón y de sus soldados los protagonistas del escenario, donde hoy se desarrolla la política universal, y los árbitros de la guerra ó de la paz en el planeta. No hay quien, al ver todo esto, deje de comparar á los pueblos que progresan movidos por el espíritu de su siglo con los pueblos que se petrifican en una inercia y en una frialdad semejantes á la inmovilidad mineral, tan diversa del organismo y del movimiento que reinan en más altas esferas del ser y de la vida. No se crea que ha llegado el Japón á una

plenitud tan completa de su ser y á unas instituciones tan liberales como los pueblos europeos, no. En la serie de los progresos evolutivos, el Japón ha entrado dentro de un período como aquel que atravesamos nosotros cuando se constituyeron las grandes monarquías y se organizaron los Estados modernos. Pero tal forma del Estado y tal substancia de la sociedad, abandonadas por nosotros ya en la constante ascensión á los ideales de progreso moderno y á las encarnaciones del dogma democrático, aplicadas á una sociedad como el Asia, dan los resultados que ahora vemos, recordándonos el estrellamiento de los imperios persa y meda en islas como las islas del mar jonio, y las derrotas á ellos infligidas por un puñado de hombres libres, los griegos, que triunfaron sobre la servidumbre y dieron debida cuenta de los siervos; pues, á la corta ó á la larga, dominan las instituciones progresivas á las instituciones reaccionarias en el eterno combate por la libertad y por el derecho, cuyos esfuerzos llenan todos los espacios del mundo y todos los minutos del tiempo. Las victorias del Japón se deben á que tal Estado lleva medio siglo de ventajas al Estado chino en la serie del humano progreso y en el aproximamiento á la humana libertad.

V

Mas lo que resulta hoy averiguado, es la celeridad con que á estas horas corren hacia la destrucción de China los japoneses, ensoberbecidos por sus victorias. Y más averiguado todavía resulta lo inquieto del gobierno inglés y del gobierno ruso á esta certidumbre, porque mientras el primero, aparte ciertos establecimientos, como los que alza él en cualquier islote, si le sirven como faros eternos para la libre carrera de sus barcos, tiene conexiones con China, como las inquebrantables de sus fronteras indias y de sus posesiones birmanicas; el segundo tiene con China de común territorios inacabables en las cien partes que acercan los dos mayores imperios continentales, que con el imperio español del Nuevo Mundo han soportado los espacios y han conocido los tiempos. Así, lo mismo Inglaterra que Rusia se aperiben á llamar al gobierno japonés á capítulo, y detenerlo, no sólo en todos sus proyectos de ataque al Celeste Imperio, en todo propósito de agregarse la península coreana. Los japoneses, que muy pagados de sus progresos denominanse á sí mismos los americanos del Asia, huyendo á la intervención europea en sus asuntos hanse con América encarado y pedídole su desinteresada intervención, puesto que al hacha de sus exploradores cayeron las puertas del imperio coreano, tapiadas por las tradiciones políticas y por las creencias religiosas contra toda curiosidad extranjera. Pero con este supremo recurso á los Estados Unidos, que aparece como una espontánea oferta de su presidente y no como una imposición del equilibrio universal, en vez de calmar á los poderosísimos Estados europeos, les ha puesto en gran vigilancia y traídoles á una concordia de la cual puede resultar que los japoneses reciban una indemnización crecida en dinero y retrocedan en los planes de mayores engrandecimientos territoriales y extensión de su tutela ó protectorado, como ahora se llaman las conquistas, sobre Corea y sobre Formosa. Lo cierto es que al matrimonio del czar con una nieta dilectísima de la reina Victoria y á la presencia del príncipe de Gales en todas las tristezas y angustias por que pasa la familia imperial rusa durante sus duelos recentísimos, se le atribuye la inmensa importancia de significar un arreglo entre los dos Estados que supere las dificultades múltiples extendidas desde los Dardanelos á las puertas orientales del Mediterráneo, hasta el Pamir á las puertas boreales de China é India. Nunca insistiremos bastante ahora para entrever y anunciar lo porvenir en el hecho de las preferencias dadas por la corte moscovita y su gobierno á una princesa como la de Hesse, que representa la política occidental, sobre una princesa como la de Montenegro, que representa la política panslava. Y siendo quizás la mayor causa de inquietud y zozobra que podemos sentir los partidarios de la paz universal esta vieja competencia entre Rusia é Inglaterra, todo cuanto procure calmarla debe parecerse de perlas y alentarnos en el trabajo de reconciliación entre los pueblos enemigos y de apaciguamiento universal. Por fortuna esta idea nuestra va entrando en todas las inteligencias y apoderándose de todos los corazones á una este gran sentimiento. El más guerrero entre los príncipes del mundo, Guillermo de Alemania, en la reunión de su Parlamento ha leído un discurso pacífico. Ante tales palabras sólo podemos exclamar: Gloria en las alturas á Dios, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.

Madrid, diciembre de 1894

UNA EMBAJADA SWAZI

Á LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA

En un rincón del Africa meridional existe un pequeño reino independiente hasta cierto punto y apenas conocido, que ocupa una extensión de 18.000 kilómetros cuadrados y cuenta 64.000 habitantes: de allí ha ido últimamente á la Gran Bretaña una emba-

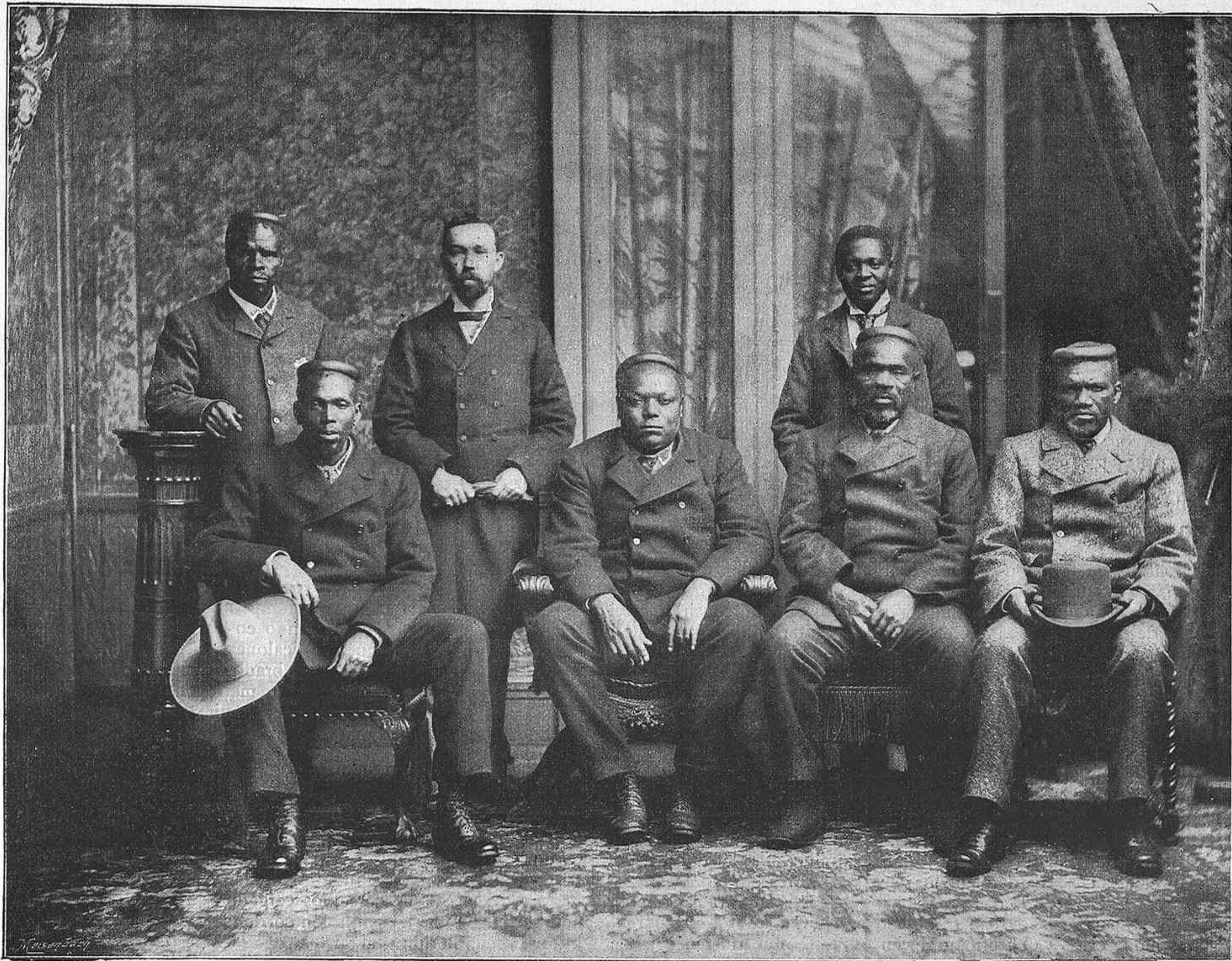
el convenio de Swaziland de 1890. En virtud de esta estipulación, el Swaziland, sin dejar de ser independiente y de tener á su cabeza un monarca indígena, está gobernado por un consejo mixto de funcionarios designados por la corona de la Gran Bretaña y por la República Sudafricana, los cuales, según parece, no cumplen debidamente las prescripciones de dicho convenio, y la reina regente de aquel país, Usibati, ha dispuesto el envío de la embajada en cuestión.

visitar la iglesia de San Pablo de Londres y la Abadía de Westminster, no acertaron á comprender el objeto de su construcción. Dicho se está con esto que en el Swaziland no hay iglesias, y que carecen por tanto de sacerdotes; pero en cambio dan gran crédito á los embaucadores, que con el nombre de doctores ó encantadores abusan de su credulidad é ignorancia. Muy sobrios en su alimentación, como la mayoría de los pueblos meridionales, sus comidas consisten

MANDONI

MR. G. H. HULETT

MADONSELA



UZIBOGUANA

NONGANGA

UNKONKONI

UMHLONITSHWA

Una embajada swazi á la reina Victoria de Inglaterra (de fotografía de Russell é hijos, de Londres)

jada, y con tal motivo consignamos á continuación algunas particularidades de aquel país y sus pobladores.

Los swazis son una parte de la gran nación zulú, de la cual se disgregaron á la muerte de Tshaka, el Carlomagno zulú. Una porción de swazis se encaminaron al Norte y se establecieron en el país de los matabeles, sojuzgados poco antes por la Compañía inglesa sudafricana; otros fundaron un reino independiente en el distrito septentrional del Pongolo y al Oeste de las montañas de Lebombo, reino que se conoce hoy con el nombre de Swaziland ó país de los swazis, y allí han establecido un fuerte dominio que limita por el Sur con sus consanguíneos los zulús, y en el que pueden oponer mejor resistencia á las usurpaciones de los boers, los cuales, desde la República Sudafricana procedían á estas usurpaciones veladas por una fingida amistad, y tanto que una gran parte de aquel terreno fué arrebatada á los swazis antes que éstos lo echaran de ver. Entonces pensaron que lo mejor sería aliarse con los ingleses, que á la sazón estaban en guerra con los boers y los zulús.

En efecto, los servicios que hace quince ó diez y seis años prestaron los swazis á las tropas inglesas merecieron que los generales sir Garnet Wolseley y sir Evelyn Wood les manifestaran su vivo agradecimiento por ellos, y que cuando se firmó la paz y se reconoció la independencia de la República Sudafricana, se estipulara también que la del Swaziland se reconocería debidamente. A este efecto se incluyó una cláusula en el convenio de Transvaal de 1881, reproducida asimismo en el de 1884, y la misma estipulación se ha hecho constar en otros términos en

Los representantes de S. M. swazi, cuyos retratos incluimos en este número y cuyo aspecto demuestra que pertenecen á la más pura raza cafre, ascienden á seis. El jefe de esta embajada, que sólo tiene 26 años y se llama Nonganga, es un mocetón de más de seis pies ingleses de alto y de robustez proporcional. Es uno de los primos del rey difunto. Le acompañan Unkonkoni, Madonsela, éste el solo individuo de la embajada que no va como los otros rapado y con una corona á modo de cerquillo frailuno, hecha de fibras vegetales, distintivo en el Swaziland de los jefes de familia, y que sirve de intérprete, pues es el único que habla el inglés; Umhlonitshwa, Mandoni, ambos indunas ó nobles de elevado rango, y el segundo, ayo del niño del rey swazi Ungwane, y por fin Uziboguana, y Mr. G. H. Hulett, intérprete inglés agregado á la embajada.

Los swazis observan en general las mismas costumbres y género de vida que sus consanguíneos los zulús, siquiera su mayor contacto con los ingleses del Africa del Sur los haya civilizado un tanto.

En su país viven todavía en chozas, así es que han llamado mucho la atención de los embajadores las elevadas casas de Londres y la dureza del empedrado, tan diferente del blando terreno de sus senderos.

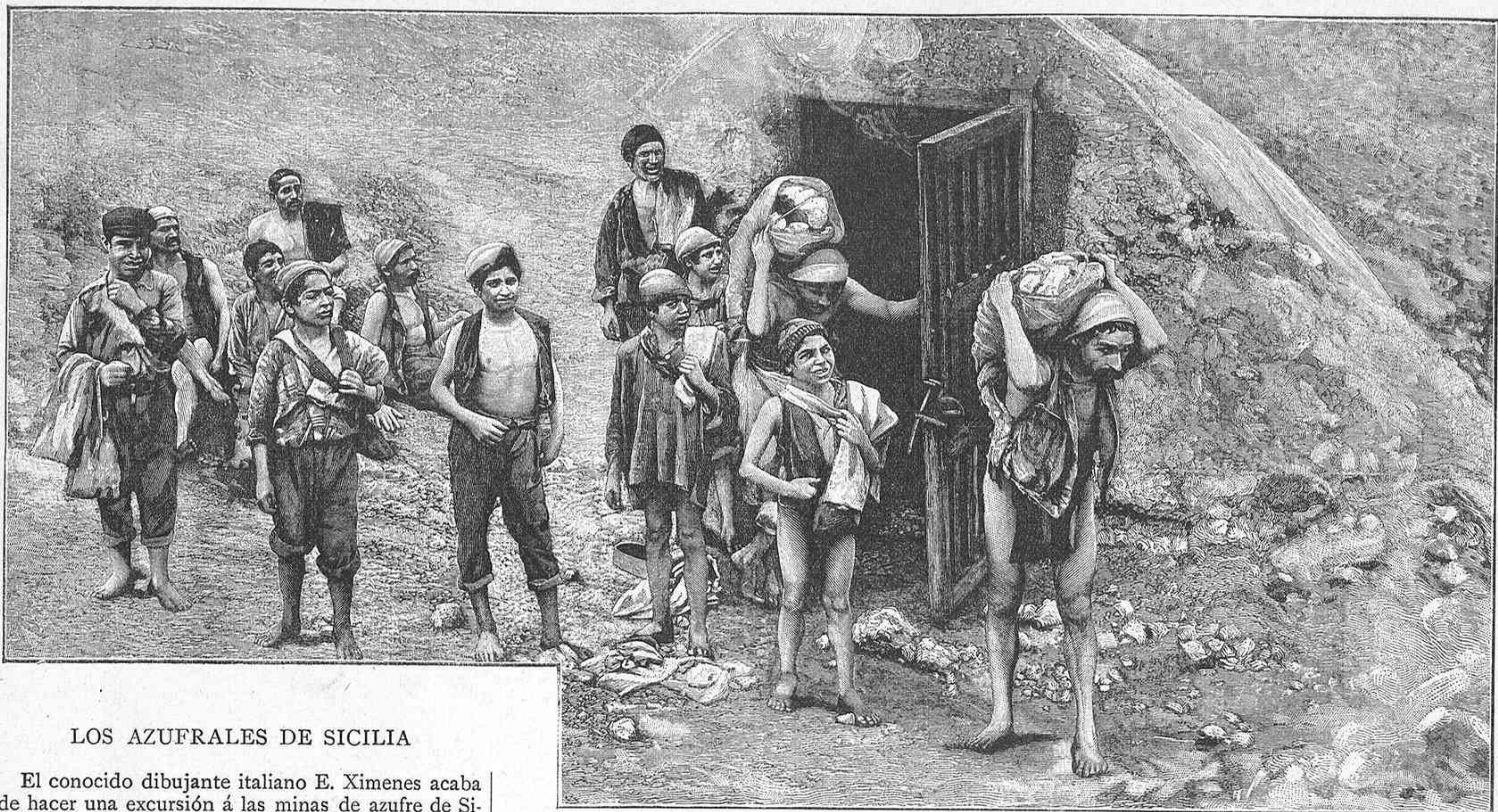
Los swazis son polígamos, y los seis mencionados embajadores reúnen entre todos hasta treinta y seis esposas, mostrándose muy ufanos de poseer esta especie de propiedad.

Su religión es nula, ó cuando más tienen una ligera idea de la existencia de un Creador del universo; por esto, cuando se llevó á los embajadores á

principalmente en carne de cabra para los hombres, y sopa de leche para los niños. Aborrecen los huevos, y tienen poca afición á la leche; en cambio beben mucha cerveza, si tal nombre puede darse á un líquido que ellos mismos se fabrican.

Los representantes swazis han accedido á vestirse á la europea para ir á Inglaterra, pero en su país el traje es más elemental: allí los niños van enteramente desnudos, y la principal y á menudo la única prenda de vestir que llevan los adultos consiste en un delantal de piel. Los hombres usan el *isinene*, pedazo de cuero de 20 á 25 centímetros de ancho por doble de largo que les cuelga por delante y sujetan á una correa atada á la cintura, y por detrás el *unucha*, que se parece al *isinene*, pero que es algo más ancho. Las muchachas adultas y las mujeres llevan también paños delantales, con frecuencia adornados de cuentas de cristal ó de metal, y además se ponen encima del delantal media piel de buey delicadamente curtida que les llega á las rodillas. Las mujeres de los jefes ó indunas se envuelven hasta los pies en un manto á modo de toga. En cuanto á los adornos, son los mismos que usan generalmente los pueblos cafres.

Los embajadores swazis, que durante algunos días han estado llamando la atención de los habitantes de Londres, han regresado á su país con una decepción amarga, pues desconocedores de las prácticas diplomáticas y creídos de que podrían tratar directamente de sus asuntos con la misma reina de Inglaterra, se han encontrado con que ésta les remitía á sus ministros para dirimir las cuestiones pendientes, procedimiento que no han acertado á comprender.—A



LA BOCA DE LA MINA (de una fotografía)

LOS AZUFRALES DE SICILIA

El conocido dibujante italiano E. Ximenes acaba de hacer una excursión á las minas de azufre de Sicilia, en busca de esos tipos y de esas impresiones á las que tan aficionados son todos los artistas, y en *La Ilustración Italiana* ha publicado un interesante resumen de su viaje, que traducimos á continuación, incluyendo algunos de los dibujos con que el citado artista ha ilustrado su relato.

Desde la estación de Lercara, dice, á los primeros azufrales de este país, el centro azufrero más inmediato á Palermo, se sube en diligencia por espacio de una hora. A la mitad del camino hay un atajo escabroso, pero que lo acorta mucho. Apeóse con nosotros para aprovechar aquel camino más breve un caballero muy atento y perfecto conocedor de la localidad.

— ¿Ve usted?, me decía. Aquí todos los mineros gozaban en otro tiempo de bastante bienestar; á ninguno le faltaba su reloj y su cadena de plata, los días de fiesta paseaban por la plaza de Lercara muy bien vestidos y hasta elegantes; pero hoy han cambiado los tiempos. Sobrevino la crisis y el azufre no se vende. Los dueños de las minas, los mineros y los cargadores ganan menos de la mitad que antes; la competencia de las piritas ha ocasionado la depreciación de nuestro producto, y el derecho de exportación que percibe el gobierno le ha dado el golpe mortal.

Y á continuación hizo una detallada disertación sobre las tristes alternativas de la industria azufrera en Sicilia.

Yo recordaba haber estado en Lercara en 1872 y haber bajado á una de aquellas minas, de la que creí no poder salir.

— Ya verá usted qué mina ha establecido Sartorio. Es una mina modelo. Todo se hace con máquinas: extracción y fusión.

— Entonces no es eso lo que busco, contesté deteniéndome. Busco una mina en la que los cargadores transportan el mineral á cuestas, como la que vi por aquí en 1872.

— Es que también las hay alrededor de la de Sartorio. Mire usted á la derecha.

De lo alto descendía una larga cuesta llena de menudos detritos. Era la masa del mineral arrancado, depositado en prolongada línea ondulante. Subiendo por aquella pendiente se podía llegar pronto á la *pirrera* del tipo que buscaba.

Hubiera sido un alpinismo audaz y arriesgado el poner el pie allá abajo, es decir, caminar por aquel montón de escombros de trozos de azufre mezclados con tierra, que vistos de cerca, pesa cada uno medio kilogramo.

— Ahí detrás, me dijo mi interlocutor, está el sendero abierto por los cargadores; suba usted por él y no se hará daño alguno; llamaré para que le lleven la maleta.

Y dió un silbido agudo.

— ¡Piccioti!, gritó. ¡Eh, Piccioti!

— ¿Quién llama?

Y saltando por aquella escarpadísima pendiente

acudió un muchachón macilento que hizo ademán de quitarse la gorra que no llevaba.

— Beso á ustedes las manos: ¿qué tienen que mandarme?

— Carga con el equipaje de este caballero.

— Sí, excelencia.

Seguí sorprendido aquella forma humana semidesnuda que se había echado á cuestas, como si fuesen de pluma, cuarenta kilogramos de peso: dos máquinas fotográficas y una maleta. Desde los tobillos hasta medio muslo aquel pobre hombre estaba lleno del fango negro y viscoso que corre por el fondo de la mina, mezcla de agua, tierra y azufre.

— ¿Eres minero?

— No, señor; soy cargador.

— ¿Cargador á los cuarenta años?

— Es que no tengo esa edad: por Pascua florida cumpliré veintisiete.

Al terminar la cuesta se ofreció á mis ojos un paisaje nuevo, el paisaje del desierto, con sus médanos y su abrasador ambiente; una profunda extensión de arena pajiza, limitada por un horizonte de purísimo azul. No había allí asomo de vegetación; el sitio está muy alto, y la cerúlea extensión de las cañadas ondulantes que llegan hasta Girgenti se eclipsa, dominando en absoluto aquel caótico á la par que majestuoso cuadro de aridez y silencio.

— ¿Adónde quiere usted ir, señorito?

— A la pedrera.

Al poco rato llegábamos á la puerta de una de aquellas minas. Esta puerta viene á ser como la concha de un apuntador, de la que salen vapores sulfurados: una cancela de madera cierra su entrada. Ábrese esta cancela y aparece un hombre casi desnudo, cargado, sudoroso, que nos mira de soslayo y sigue su camino para depositar en su sitio la pesadísima carga. Síguele un muchacho no menos cargado, y luego otro, y otro que llora, se enjuga las lágrimas con el dorso de la mano y al vernos se sonríe.

Planto allí la máquina fotográfica, y entonces ninguno quiere volver á entrar en la mina. Me es ya imposible cogerlos desprevenidos: todos arreglaban sus andrajos, se estiraban los calzones y se atildaban todo lo posible. ¡Adiós sinceridad de fotografía instantánea!

— ¡Poneos en fila!

Desplegaronse cruzándose de brazos ó poniéndolos sobre los hombros del compañero, con los ojos fijos en el objetivo y en la actitud más solemne.

Cuando hube reproducido aquel gran grupo, todos desaparecieron en aquel oscuro antro, contentos como unas pascuas porque prometí darles una prueba á cada uno.

Los seguí; ya éramos amigos y podía estar tranquilo allá dentro, en sus dominios. A los cincuenta

metros, la temperatura se pone insoportable, y avancé resbalando en aquel fango viscoso que enjabona aquellos escalones rudimentarios, apoyándome en la pared, alumbrado por una vela que apenas difundía claridad á un metro de distancia. Es imposible seguir adelante; se mira aquella obscura profundidad, y maravilla el que centenares de metros más adentro pueda haber seres humanos. Es tanto el calor, la sofocación, que dan ganas de desnudarse. Puesto que los muchachos van desnudos, también pueden ir los mayores; adelante, pues, y saquemos fuerzas de flaqueza..., pero falta la respiración; el calor y el sudor lo han penetrado todo, lo mismo la ropa exterior que la interior. Al llegar á cierto punto conviene detenerse; los cargadores, prácticos del terreno que pisan, salen corriendo, pues han tenido ya tiempo de cargar.

Hay que dejar paso franco á aquella procesión: todos los que la forman salen lamentándose.

— ¡Ay, ay, ay!

— ¡Cómo pesan esas piedras malditas!

— ¡Triste de mí que quise venir al mundo!

— ¡Más me hubiera valido nacer cerdo!

Y pasó aquella visión de espectros, aquella reproducción viviente de una escena como las que se suponen en el infierno.

Más abajo los mineros arrancaban con grandes picos de acero los pedruscos de azufre para que los cargaran aquellos mártires. Y estos *viajes* se repiten lo menos veinte veces al día; y la letanía de ayes y lamentos contra los mineros que los cargan en demasía y contra sí mismos va á extinguirse con el sol, con la luz exterior, á la salida, donde los cargadores recobran su alegría, se ponen á saltar y por pocos minutos olvidan las tribulaciones de su ruda faena.

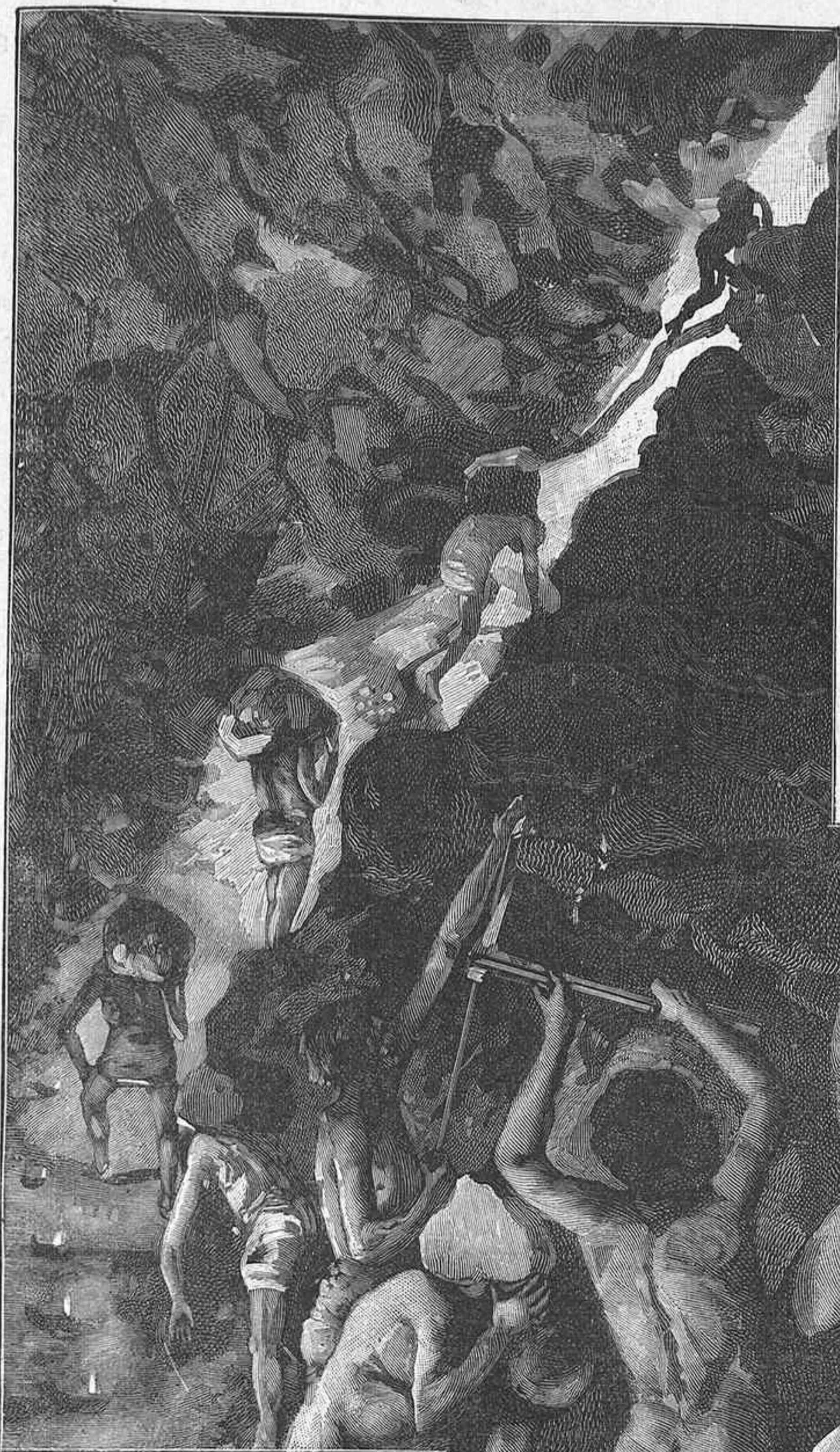
Allá en el fondo, en las entrañas de la tierra, los mineros, enteramente desnudos, sudan arrancando trozos de tierra y de azufre; más abajo, á derecha, á izquierda y á lo lejos hay una serie de grutas y de agujeros, velados por una niebla acre y pesada de ácido sulfhídrico. A la escasa luz de unas cuantas lámparas se destacan grandes sombras de hombres y de cosas. Alguna sonrisa irónica nos saluda, juntamente con algún otro saludo respetuoso:

— Señorito, ¿también quiere usted venir á trabajar? Si quiere usted divertirse, aquí tenemos el Casero y la Strada Nuova (aludiendo á las dos grandes calles de Palermo). También hay aquí Café de los Cuatro Cantones y Jardín Inglés.

Conviene no contestar y compadecer á aquella pobre gente. La caravana de cargadores vuelve y comienzan de nuevo las protestas porque los mineros los cargan demasiado.

— No tengo fuerza, no puedo.

— ¡Carga, haragán, flojo!



Y se echan á cuestas la carga que les ponen, porque allí no se gastan bromas, y nunca faltan bofetadas y puntapiés.

Se comprende á la salida la sonrisa y la alegría de los cargadores. Parece que se renace.

- Del infierno al paraíso, decía un chicuelo casi raquíto, sentado en el suelo junto á su espuerta vacía.

Pero á medio kilómetro de allí está la gran mina de Sartorio, donde, como queda dicho, todo se hace con máquinas, lo mismo la extracción que la fusión del azufre.

Viene á ser algo así como un gran taller moderno, que presenta un marcado contraste con las excavaciones vecinas. La instalación de aquel vasto establecimiento se remonta al año 1874. Hay en él una larga galería horizontal para el depósito del azufre en bruto, máquinas de vapor de los últimos modelos y aparatos de tracción, artefactos magníficos de la fundición de Ortea.

Es el único establecimiento donde se han introducido estas máquinas modernas.

El cargador presta en él un trabajo muy parecido al de los jornaleros, albañiles é individuos de las brigadas de ferrocarriles; este trabajo se reduce á transportar el material por vías planas desde el punto de extracción hasta la galería de depósito. Otros cargadores están destinados á cargar las vagonetas en el interior de la mina y á descargarlas fuera de ella.

En esa mina el cargador no se queja, porque dispone de dichas vagonetas para su tarea.

En las otras, sistema de transporte á cuestas, el cargador tiene que salir, lo menos veinte veces en ocho horas, casi desnudo y chorreando sudor, de la boca de las minas á exponerse á la intemperie.

En invierno se hiela pasando instantáneamente de los 13 grados, temperatura en el interior de aquéllas, á los 5, que es la temperatura invernal ordinaria en Lercara.

En verano el sol lo tuesta despiadadamente con sus rayos abrasadores.

Más arriba, hacia el Norte, vi otro gran grupo de minas, entre las cuales hay una herméticamente tapada, porque está incendiada.

En estas minas, el desarrollo del ácido sulfhídrico es más sofocante; allí se practica todavía el método primitivo de extracción y de fusión: los cal-

caroni y las calcarelle, donde el azufre se funde quemándolo.

La procesión de aquellos muchachos enfermizos y raquíto opreme el corazón.

Parece imposible que las innovaciones humanas y más provechosas de Sartorio no puedan introducirse en todas las minas.

- Y sin embargo, no se puede, me decía un minero inteligente. Aquí la propiedad está muy fraccionada y los propietarios ceden en arrendamiento las minas. Podrían hacer de todas una sola y gran mina asociándose, pero los propietarios están desunidos, y por ahora no hay que pensar en ello, dado el bajo precio del azufre. Y sin embargo, la extracción de una tonelada de mineral con las máquinas de Sartorio cuesta dos liras menos de lo que cuesta la que se efectúa á hombros.

Desde aquella altura se dominaba toda la cuenca sulfúrica de Lercara; las negras y hormigueantes procesiones de cargadores parecían trazar cintas sinuosas en el llano amarillento é irisado; aparecían y desaparecían debajo de tierra silenciosas.

Aquellos seres desmirriados van consumiéndose así rápidamente.

De cuatro mil jóvenes alistados todos los años para el servicio militar, no resultan doscientos útiles.

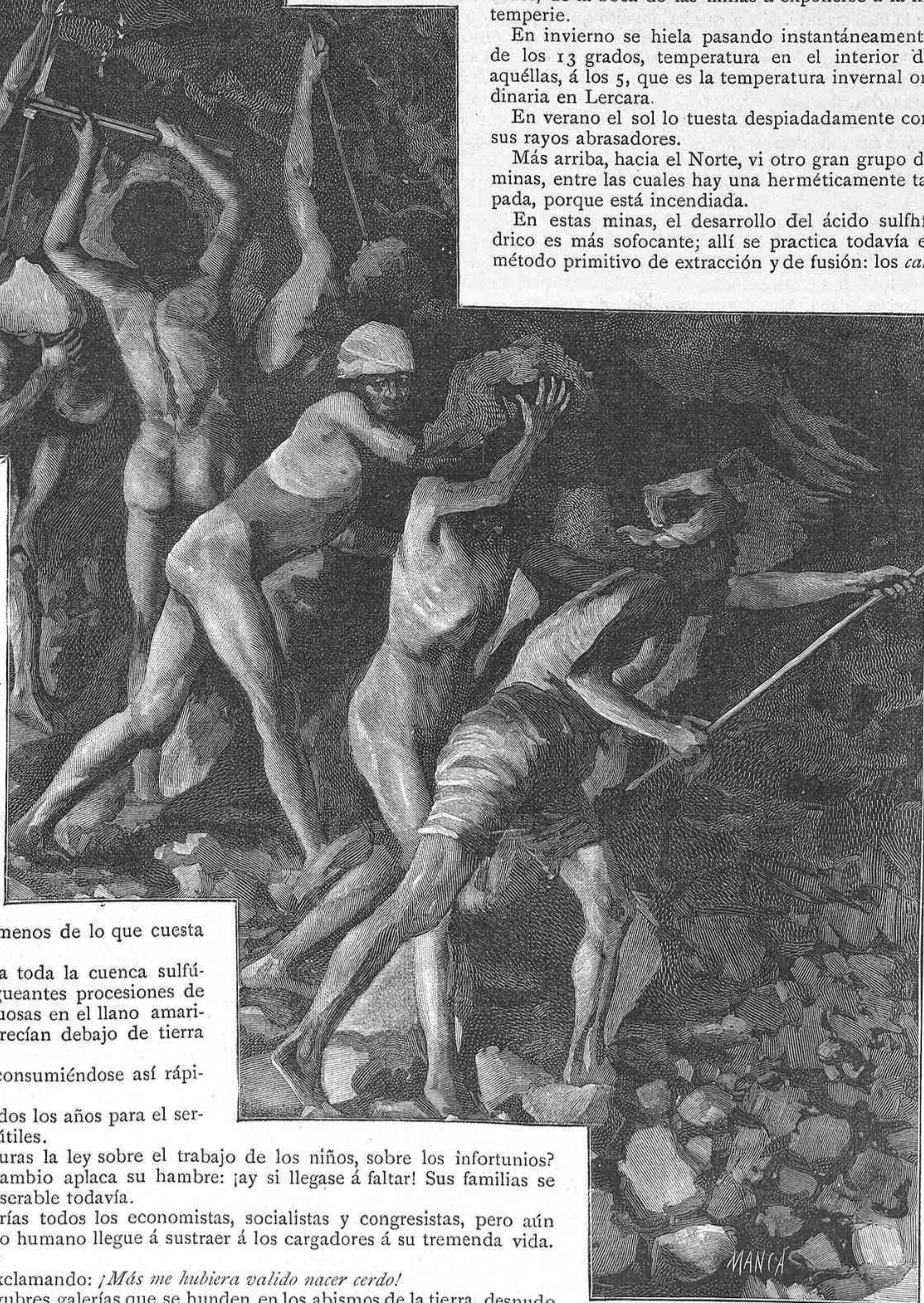
¿Qué puede hacer en aquellas alturas la ley sobre el trabajo de los niños, sobre los infortunios? Si este trabajo los destruye, en cambio aplaca su hambre: ¡ay si llegase á faltar! Sus familias se verían reducidas á un estado más miserable todavía.

Podrán seguir publicando sus teorías todos los economistas, socialistas y congresistas, pero aún está muy lejano el día en que el genio humano llegue á sustraer á los cargadores á su tremenda vida.

¿Lo conseguirá? ¿Cuándo? ¿Cómo?

Entretanto los infelices seguirán exclamando: *¡Más me hubiera valido nacer cerdo!*

Y seguirán recorriendo aquellas lúgubres galerías que se hunden en los abismos de la tierra, desnudo el cuerpo, macilento el semblante, cargados con pesos superiores á sus fuerzas y reproduciendo el espantoso espectáculo que involuntariamente trae á la memoria del que lo contempla las escenas infernales que tan maravillosamente describió el Dante en su inmortal poema.



EL TRABAJO EN LAS MINAS,
dibujo de Eduardo Ximenes

EL ABRAZO

Hace algunos años, en una antigua población de Castilla y reunidos varios amigos en cierto rincón íntimo del casino, oí á un viejo magistrado el relato de esta historia, cuya comprobación debe hallarse en el proceso que con motivo del suceso se formó.

D. José García, hombre acaudalado y pudiente, residía hace años en X, en compañía de su esposa doña Carmen, de edad proveya como él. Matrimonio sin hijos, llevaban ambos vida tan metódica y ordenada, que la menor alteración en sus costumbres causábales molestia y enfado: achaque común á quien no ha conocido ni de cerca ni de lejos las tempestades del mundo, y ha visto deslizarse los años de la existencia por senda tranquila y apacible.

Componían la servidumbre dos criadas, antiguas, fieles y sumisas ambas, y que satisfechas y felices eran consideradas por sus amos con especial cariño, formando parte integrante del viejo hogar: tipos de una raza de servidores casi extinguida, de la cual sólo resta algún ejemplar rarísimo para que sirva de original contraste á la turbamulta procaz é inconstante que para tormento de las gentes la ha sucedido.

El casamiento de una de ellas produjo graves cavilaciones á D. José, quien se vió en la necesidad de sustituirla, sin saber de quién echar mano para ocupar el lugar de la contrayente. Y no es ciertamente que faltasen pretensiones, pues tal caso no podía darse tratándose de casa donde con corto trabajo eran seguros y buenos el trato y el salario. La perplejidad nacía de que desechando una por vieja y hecha á malas mañas, y otra por mozuela y descocada, á ésta por sisona y á aquélla por puerca (según antecedentes que con gran esmero el matrimonio recogía), no había medio de dar compañera á Ramona, la criada que con sus sesenta años de vida y cuarenta de activos servicios en la casa, parecía destinada á morir en ella.

En tal sazón las cosas, presentóse á pretender una mujer de treinta años, llegada dos días antes á X desde población lejana. Alta, fuerte, admirablemente hermosa, cautivó desde luego con su arrogante presencia á doña Carmen. Limpia como el oro, bien trajeada á la manera menestral, notó la excelente señora en la pretendiente un aire de mal escondida altivez, como de persona más acostumbrada á mandar que á servir, templada por el decaimiento de un pesar profundo que se veía brillar tras la mirada intensa de los ojos, negros y grandes como la desventura que á ellos asomaba el alma de aquella mujer.

¡Misterios de la simpatía! D. José y doña Carmen, tan exigentes con las que hasta entonces habían intentado entrar á su servicio, pasaron por todo, y Dolores, desconocida, turbada y casi trémula al referirse á su pasado y á su procedencia, que quedaron sepultados en el misterio, fué admitida en la casa.

No tuvieron motivos para arrepentirse de ello. Jamás mujer más obediente, dispuesta y arreglada sirvió en casa alguna. Día tras día transcurrió un año, sin que hubiese lugar á la más mínima queja. Ganóse Dolores tras la simpatía la estimación y el afecto de sus amos y de Ramona, los cuales observaron que la tristeza que desde el primer momento advirtieron en la sirvienta, lejos de mitigarse no hacía sino aumentar con el transcurso del tiempo. Dolores no expresaba por llantos ni suspiros su dolor: era éste hondo y mudo, reconcentrado de tal suerte que sólo se manifestaba al exterior por el semblante grave y por la mirada vaga, doliente y perdida en el espacio, y por el ensimismamiento continuo de un pensamiento siempre presente en la imaginación. Durante aquel año ni Dolores recibió una carta ó una visita, ni pudo conseguirse que pisara la calle más que para ir á la iglesia más cercana. Se negaba á salir á paseo en las tardes de los días festivos con tal aire de tranquila decisión que sus amos no insistieron acerca de este punto.

La tarde de un domingo había quedado Dolores en casa, según costumbre. Ramona y D. José habían salido, y doña Carmen bajó al jardín que comenzaban á enverdecer los primeros efluvios de la primavera. De pronto al pasar junto á una caseta que servía para guardar los aperos del jardinero, oyó terribles sollozos. Acercóse presurosa y halló á Dolores acurrucada dentro de la caseta, mordiendo el pañuelo para contener el llanto y exhalando un quejido prolongado mientras las lágrimas corrían por su rostro. A la vista de doña Carmen, tan cariñosa y buena para con ella, Dolores, sorprendida, tuvo un momento de vacilación, hasta que de pronto se arrojó en los brazos de su ama.

— ¡No puedo más!, exclamó.

Poco después, allí sentadas ama y criada en un

banco del jardín, refería Dolores el porqué de sus pesares. Una historia vulgar. Era Dolores mujer de un carpintero, hombre trabajador que había logrado entre los de su clase posición preferente, que casi tocaba en los límites de la riqueza. Era su taller el más acreditado de la población y Dolores feliz, porque Juan, así se llamaba su marido, ardientemente enamorado de ella, la rodeaba de todo género de comodidades. Sin embargo, llegó un día en que Dolores faltó á sus deberes. ¿Quién fué el amante? Poco importa. Un cualquiera, uno de esos miserables, existentes en todas las clases sociales, que con la impasibilidad de un alma baja y cobarde, abusando de la confianza de quien les da honradamente la mano de amigo, arruinan la dicha de un hogar. Dolores jamás había dejado de amar á su marido: en su corazón habían cabido juntos el cariño y la falsía, la afección al esposo y el escarnio villano de la fe mancillada; su alma había siempre sentido ternura sincera por el mismo á quien vendía, ¡mujer al cabo!

Sorprendidos por Juan, huyeron espantados los dos amantes: los dependientes del carpintero contuvieron á éste, cuando desatentado y loco iba á hacer terminar en sangrienta tragedia los impuros amores. Desapareció el amante de la población sin que de él se volviera á saberse. Dolores, oculta en casa de una amiga, tercera de sus amoríos, huyó al fin, y se refugió en X. Entonces comenzó un padecer sin término al recuerdo de la dicha perdida, avivado por la comparación entre el esposo noble y honrado que había ultrajado y el ser que había motivado la culpa y por el cual se llenó de aborrecimiento. La imposibilidad de deshacer lo hecho, la apreciación de los impalpables motivos de su ceguera la llenaban el alma de amargura.

Dolores, que había agotado sus lágrimas durante la relación de su desdicha, quedó ante doña Carmen al terminarla en actitud hosca y fiera, como de quien, apurado el sufrimiento, siente tan sólo impotencia y desesperación. Y era lastimoso y triste pensar que allá, lejos, en hogar desamparado y viudo, quizá un hombre solitario, también desesperado, se agitaba en vano contra la imposibilidad de destruir en el tiempo que fué la traición de aquella mujer tan bella y tan querida.

Oyó sorprendida doña Carmen la relación de Dolores, y henchida su alma pura y buena de compasión, sólo vió que había allí un yerro lavado por el arrepentimiento y una desventura posible de remediar. Aquella misma noche tras larga conferencia con D. José, quedó acordado que éste escribiría á Juan, pidiéndole el perdón para la esposa, redimida por el pesar y por su conducta.

— No me perdonará nunca, exclamó Dolores al conocer los propósitos de sus amos; me quería mucho y es muy honrado.

Sin embargo, asida ya de la esperanza de una reconciliación, la desesperada certeza de su destino se substituyó en su alma con la ansiedad y la incertidumbre de lo que anhelaba. Partió la carta, larga, prolija, sincera, con el sello de la verdad que la bondad de D. José hubo de imprimirla, en términos tales, que el consejo leal y hondo se mezclaba con el ruego, y hablaba en ella el sentimiento tanto como la razón.

Una semana entera transcurrió desde que la contestación debiera recibirse sin que la carta obtuviera respuesta; semana de preocupación y de perplejidad para los amos, de zozobra y ansia infinitas para Dolores. La duda llegó á tomar por parte de D. José aspectos de temor. Quizá había cometido una verdadera imprudencia. Ignoraba Juan el paradero de su esposa, y sólo la fuga de ésta había evitado que cayera rendida y sangrienta á los pies del ofendido.

Al día octavo la contestación hizo cesar aquellos temores. Juan, tras muchas vacilaciones, movido del cariño, del fondo bueno que siempre había reconocido en Dolores, después de una semana pasada también entre angustia é irresoluciones, perdonaba. La carta incoherente, revelando la agitación del que la había escrito, terminaba diciendo que dos días después el mismo Juan iría á buscar á Dolores para restituirla á su casa.

La mirada apagada y triste de Dolores lució con el brillo de la alegría, realzando la magnífica y soberbia irradiación de sus bellos ojos, sombreados por largas pestañas. Desasosegada, inquieta, como si la dicha que renacía no pudiera de una vez entrar en el alma dolorida, aguardó impaciente la vuelta del esposo.

Cuando al fin del plazo prefijado se presentó Juan delante de sus amos, satisfechos por la reconciliación, tuvo lugar la deseada entrevista. Hinchado el alto seno por los sollozos, subiéndole al rostro oleadas de rubor, jamás estuvo Dolores tan hermosa. Juan abrió los brazos con expresión en que la dignidad contenía mal el deseo, y en ellos la guardó largo

tiempo como avaro que recoge un tesoro ambicionado con afán.

Era Juan un mozo de treinta años, alto, fornido, de semblante severo y grave.

Quedó acordado que al día siguiente partirían los esposos, y que hasta la marcha permanecería Juan en casa de D. José, á quien con franco apretón de manos dió las gracias por su mediación. Hasta la hora de almorzar determinó salir con Dolores para hacer algunas compras en la feria, que aquel mismo día había comenzado á celebrarse en X. La ciudad se hallaba engalanada é invadida por los forasteros; todo era animación, ruido y movimiento, realizados por un tiempo bonancible y delicioso.

En dirección á la plaza los vieron salir D. José y doña Carmen, cogidos del brazo como dos enamorados. Dos horas después regresaban, y Dolores llena de alegría no exenta de confusión, enseñaba los regalos recibidos de Juan: un mantón, un vestido y dos zarcillos de oro. Franca alegría reinó durante el almuerzo, en que los señores, queriendo dar una prueba más de afecto á los reconciliados esposos, los sentaron á su mesa. Por la tarde tornaron á salir, encaminándose al real de la feria, para ver la de ganados, emplazada en las orillas del río. Largo espacio de tiempo emplearon en recorrerla, abriéndose paso entre el apretado gentío y riendo las gracias de los gitanos, empeñados en vender como buenas, bestias cargadas de mataduras y alifafes.

El cansancio y el mareo los apartaron poco á poco del sitio donde se revolvió la muchedumbre, y alejándose de ella, corriendo á lo largo de la tranquila orilla, sembrada de verdura, se emboscaron en paraje solitario. A sus oídos llegaba vago y confuso el hervor de la multitud, perdido ya por la lejanía.

Ni alma viviente turbaba la soledad agreste del sitio en que se encontraban; protegidos de miradas indiscretas por la verdura de los arbustos, sintiendo en sus rostros el fresco hálito que les mandaba el cercano río, y hundiendo los pies en el menudo césped que blandamente cedía, invitándoles á descansar de la fatiga, en él acabaron por sentarse, saboreando la dicha por tanto tiempo interrumpida.

Caía la tarde apacible y serena, reía la primavera, un aliento de vida circulaba por la naturaleza, haciendo subir la savia á lo largo de los troncos para convertir en hojas y flores el ansia germinadora que por doquier latía, y de la cual eran voces pregoneras el chirriar de las diminutas bestezuelas ocultas entre la hierba, el zumbido de los insectos y el gorgear de los pájaros que apareados cruzaban por los aires.

Un año entero de ausencia, amor inmenso en el pecho, la mujer, admirablemente bella, lanzando de sus negros ojos el efluvio de una mirada hambrienta, el sitio esquivo... Dolores tendió los brazos y Juan cayó en ellos trémulo y palpitante.

Mas poco después, apenas terminada la expansión suprema de su cariño, sin desanudarse de aquel abrazo inacabable, Juan miró á Dolores con tal expresión, que la pobre mujer dió á los vientos alarido de espanto infinito, y quedó yerta y muda, sin ánimo para resistir algo muy negro y muy horrible que sobre ella caía. Fué relámpago de odio y muerte, de desprecio y de ira, de angustia, de vergüenza y de venganza lo que vió brillar en los ojos del hombre que en sus labios acababa de depositar un apretado beso, de esos que dejan huellas en el alma. No se hizo esperar el rayo. La mano izquierda del hombre que blandamente acariciaba un momento antes, abierta se enclavó en la garganta de Dolores, y la diestra, armada del acero homicida, por tres veces cayó sobre el seno de la infeliz. Dolores vió llegar el golpe, y no es posible decir si le causó más daño el desamor que en los ojos de Juan había leído ó la triple puñalada que empapó de sangre el traje del matador. Media hora después una pareja de la guardia civil detenía á Juan, que de pie junto al cadáver de su esposa, desencajado y lívido, no opuso la menor resistencia.

— Y ahora, decidme amigos míos, exclamó el magistrado al terminar su historia, ¿cómo calificar el delito de este hombre? ¿Fué artero, cauteloso y frío, y supo llevar á la esposa infiel á sitio donde asegurar su venganza, madurada en un año de desamparo y de impotencia? ¿Fué arrebató súbito de honrada cólera al pensar, tras la ardiente explosión de su amor, que otro hombre había también mordido en el fruto que el amor, el derecho y la religión guardaban sólo para él? En otros términos: ¿Obró Juan con premeditación ó con arrebató? ¿Había en su crimen circunstancias agravantes ó atenuantes?

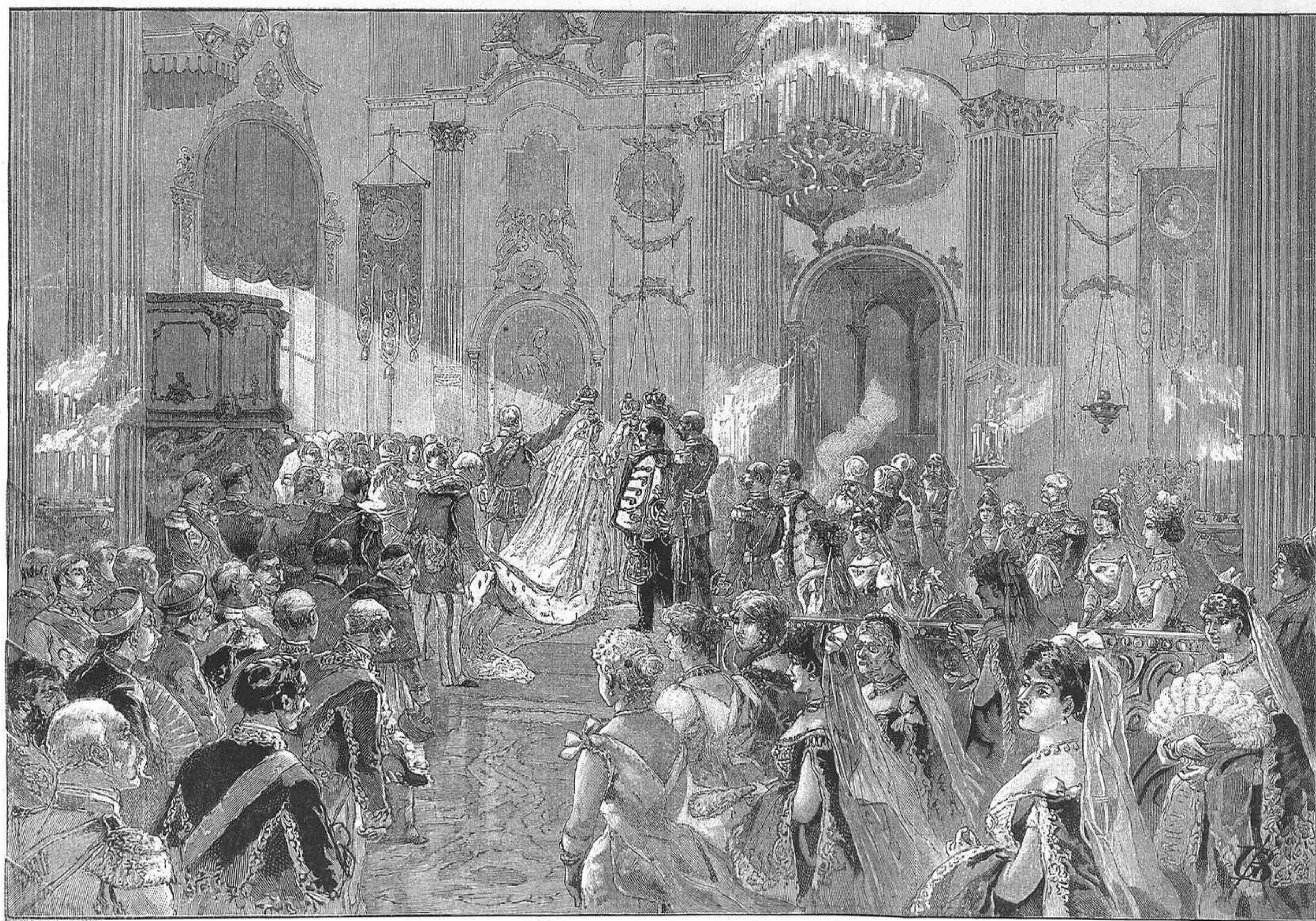
— ¿Qué declaró el tribunal?, preguntamos.

— No lo recuerdo, ni de eso se trata en estos momentos, dijo el magistrado. Lo que yo deseo saber es lo que hubieran ustedes declarado.

ENRIQUE CORRALES Y SÁNCHEZ



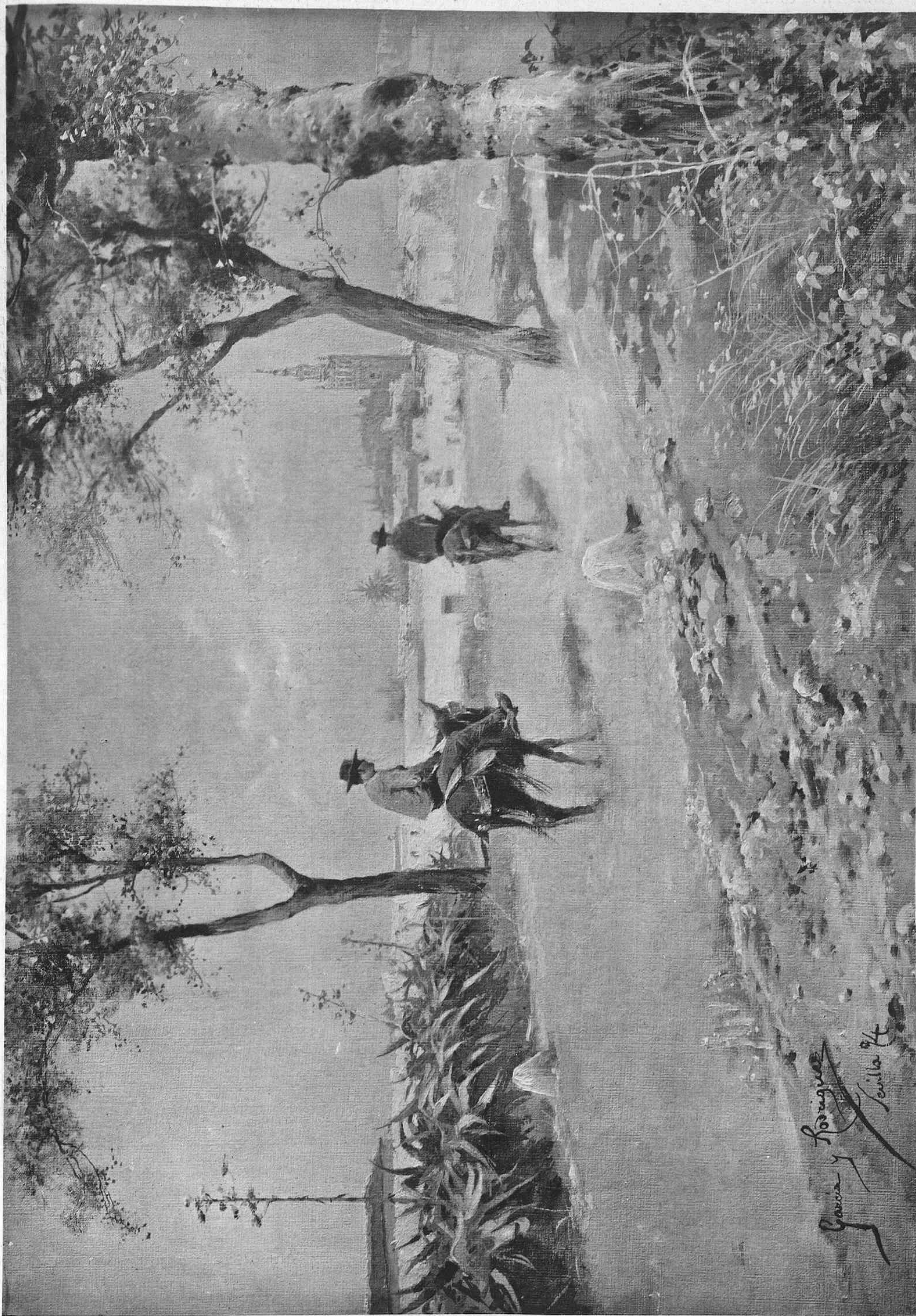
LAS BODAS DE NICOLÁS II. — LA FAMILIA IMPERIAL REUNIDA ANTES DE LA CEREMONIA EN EL SALÓN DE MALAQUITA DEL PALACIO DE INVIERNO DE SAN PETERSBURGO



LAS BODAS DE NICOLÁS II. — LA CEREMONIA DEL CASAMIENTO EN LA CAPILLA DEL PALACIO DE INVIERNO DE SAN PETERSBURGO



CONTRABANDISTAS ANDALUCES, dibujo original de J. García Ramos



ENTRADA EN SEVILLA POR LA PUERTA DEL CARMEN, dibujo original de Manuel García Rodríguez

NUESTROS GRABADOS

Fragmento del «Rosario de la Aurora». - **Contra-bandistas andaluces, obras de J. García Ramos.** - «El Rosario de la Aurora - decía el malogrado escritor D. Benito Más y Prat - comienza en los tiempos de Carlos II, se desarrolla en los de Felipe V, pasa inadvertido en los de Carlos III y llega á su apogeo en los de Carlos IV. Las intrigas de Godoy, las filípicas de Jovellanos, los caprichos de Goya y los sainetes de D. Ramón de la Cruz son su natural adorno y complemento.» Celebráronse en casi todas las ciudades importantes de España, revistiendo en algunas de ellas, como Sevilla, el carácter de una gran solemnidad. Dividiéndose los asistentes en dos filas, precedidos por una cruz y gran número de faroles de mano y de asta, alternando grandes farolas-luceros, aconteciendo algunas veces que al encontrarse por acaso en las calles dos congregaciones organizadoras de distintos Rosarios, empeñábanse agrias discusiones acerca de cuál debía ceder el paso á la otra, llegando el caso de que «chocaban al cabo cuerpos contra cuerpos y faroles contra faroles; encontrábanse desesperadamente las campanillas y los piporros; saltaban los vidrios, apagábanse las hachas de cera, plegábanse los pendones y se dejaban oír fuera de tono voces de tiples y de sochantres,» de donde resulta justificada la exactitud de la locución: *Acabó como el Rosario de la Aurora. A linternazos.*

Tal es el asunto que eligió el distinguido pintor sevillano D. J. García Ramos para el notable cuadro que forma hoy parte de la galería que posee el senador D. Fernando Puig. El fragmento que reproducimos, dibujado por el autor del lienzo, basta para dar á conocer la valía de la producción, una de las que más honran al celebrado artista andaluz.

El dibujo reproduciendo algunos tipos de contra-bandistas es una nueva muestra de su maestría y de su poderoso espíritu de observación.

Las bodas del tsar Nicolás II de Rusia.

- El día 26 de noviembre celebróse en San Petersburgo el casamiento del tsar Nicolás II con la princesa Alicia de Hesse, que desde su ingreso en la iglesia ortodoxa es la gran duquesa Alexandra Feodorowna. Desde el día antes, varios heraldos anunciaron á los habitantes de la capital la próxima ceremonia: el día en que se celebró ésta la multitud, ansiosa de contemplar á la imperial pareja, invadió las calles, que no tenían adorno alguno por razón de la reciente muerte de Alejandro III.

A las diez de la mañana estaban llenos los salones del palacio de invierno; en el llamado de Nicolás hallábanse los grandes duques, los príncipes extranjeros, el cuartel general del emperador, los generales y las delegaciones del ejército; en el de los Escudos las damas de la corte esperaban la llegada de los novios. La novia, acompañada de su hermana, la gran duquesa Sergio, dirigíase en una carroza de gala, blanca, tirada por cuatro caballos tordos, al palacio de invierno para ponerse las galas propias de la ceremonia, delante del tocador de oro de la emperatriz Ana, conforme dispone una antigua costumbre. Llevaba la futura soberana una corona de magníficos brillantes, y de las mismas piedras eran los pendientes, los brazaletes y el collar, joyas todas pertenecientes á la corona, y vestía hermoso traje de brocado de plata con guirnalda de rosa bordada en plata al realce y el manto imperial de terciopelo encarnado forrado de armiño y bordado en oro. A las doce, 51 cañonazos anunciaron que el cortejo imperial se trasladaba de las habitaciones interiores á la capilla del palacio: el emperador, que llevaba del brazo á su novia, vestía el uniforme de húsares de la guardia; precedían á la imperial pareja la emperatriz viuda con el rey de Dinamarca y detrás de ella iban los reyes de Grecia y otros individuos de familias reinantes.

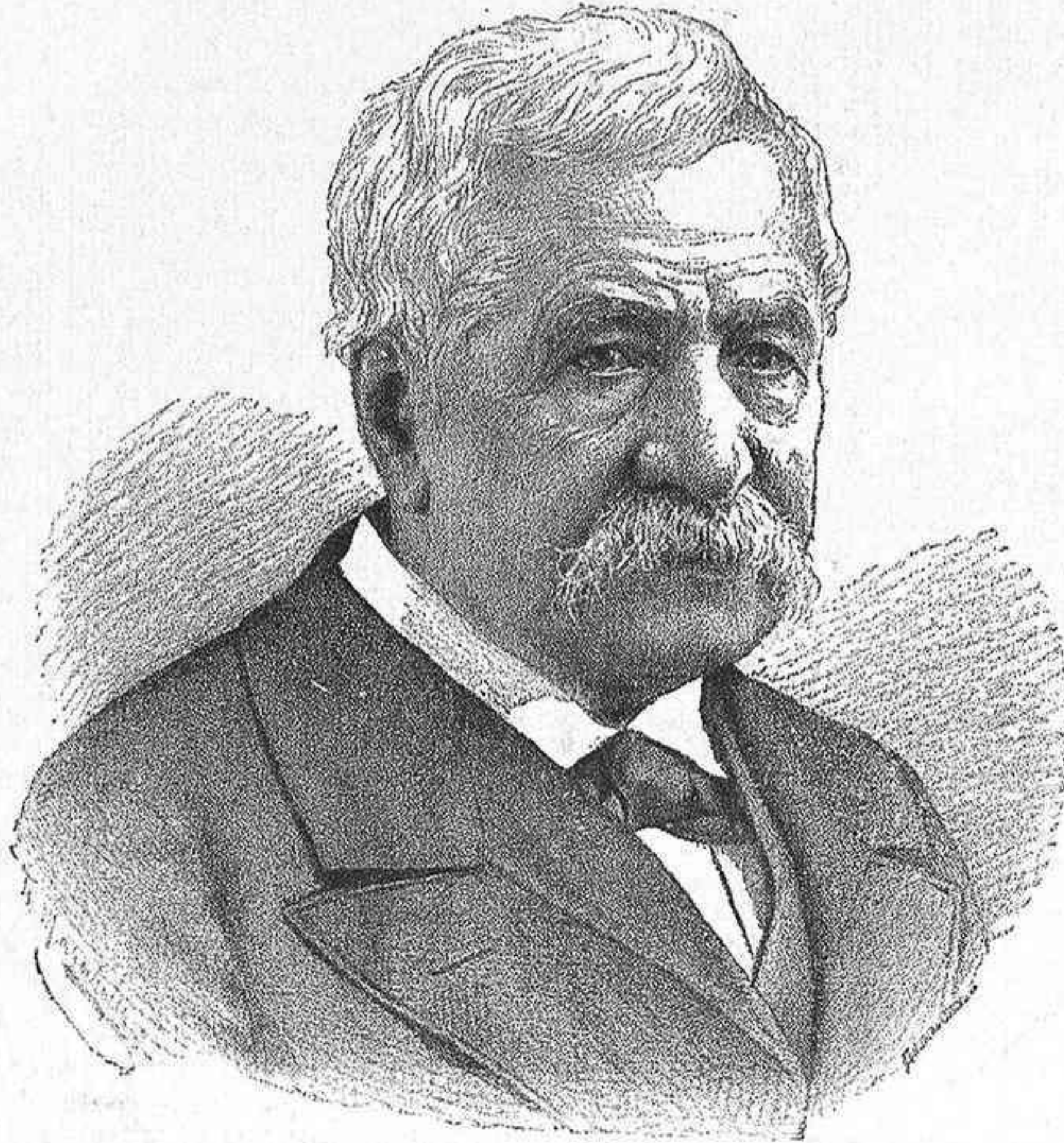
En la iglesia, en donde estaban reunidos los consejeros del Imperio, el clero, el cuerpo diplomático y los ministros, los novios fueron recibidos por el metropolitano: el emperador subió a la tarima levantada en el centro de la iglesia, en la que se había colocado un pequeño altar con el crucifijo y los Evangelios, y la emperatriz viuda condujo allí á la novia. Entonces comenzó la ceremonia con el *Obrutschenje*, ó cambio de anillos, por el confesor Janitscheff: los novios encendieron sendos cirios bendecidos y adornados con flores de azahar, que son los mismos que se les pondrán en las manos en la hora de la muerte para recibir el Viático y la Extremaunción, y el sacerdote unió sus manos con la estola; detrás de ellos colocáronse los grandes duques y el príncipe Jorge de Grecia, y mientras los coros entonaban los cánticos sagrados, levantaron sobre las cabezas de los contrayentes dos coronas. Los novios dieron tres vueltas alrededor del altar, bebieron tres veces en el mismo cáliz y el metropolitano dió la bendición y celebró el oficio de gracias en tanto que las salvas de artillería anunciaban el término de la ceremonia.

Al regresar á los salones del palacio para recibir las felicitaciones de los que allí habían quedado esperando, los recién casados abrieron la marcha, seguidos de la emperatriz viuda con el rey de Dinamarca, el rey de Grecia con la duquesa de Sajonia Coburgo y Gotha, el gran duque de Hesse con la reina de Grecia, el duque de Sajonia Coburgo y Gotha con la princesa de Gales, el príncipe de Gales con la princesa Enrique de Prusia, el príncipe Enrique de Prusia con la gran duquesa Sergio y otros personajes.

Inmediatamente celebróse en el salón de malaquita un almuerzo, en el que no tomaron parte ni los jóvenes esposos, ni la emperatriz viuda, ni la familia imperial. A las dos, los emperadores salieron del palacio y en un coche de gala se dirigieron á la catedral de Kasán, siendo aclamados con entusiasmo por la multitud que, no contenida por fuerzas de ejército ni de policía, rodeó el carruaje imperial, cuyos caballos, conducidos por cuatro palafreneros, apenas podían abrirse paso entre aquella compacta masa. En la iglesia, en donde los recibieron el metropolitano y el clero, permanecieron un rato en oración, regresando luego al palacio de Anitschkoff, siempre caminando entre inmenso gentío que no cesaba en sus aclamaciones, sobre todo desde que fué leído públicamente el decreto de indulto concedido por el emperador.

Entrada en Sevilla por la puerta del Carmen, dibujo original de Manuel García Rodríguez.

Otro artista sevillano, Manuel García Rodríguez, á quien sus méritos reservan halagüeño porvenir, nos proporciona ocasión para dedicarle estos renglones con motivo de la publicación de uno de sus dibujos. Nuestro amigo y colaborador ha escogido uno de los puntos más bellos de la encantadora Sevilla, pues desde la carretera bordeada de álamos y chopos divisase el pintoresco y brillante conjunto de los edificios, desde las modestas viviendas de sencilla fachada á los señoriales palacios, sobre los que descuella, erguida, elegante y majestuosa, la Giralda, pregonando su antigua grandeza y su morisco abolengo.



FERNANDO DE LESSEPS, fallecido en 7 de diciembre de 1894

García Rodríguez ha logrado crear un género especial, con sus cuadros verdaderamente sevillanos, que aplauden con justicia los inteligentes y adquieren los aficionados. Por nuestra parte, nos limitamos hoy á llamar la atención de nuestros lectores acerca de la nueva obra que de aquel artista publicamos, ya que varias veces nos hemos de él ocupado.

Fernando de Lesseps. - A los ochenta y nueve años de edad ha fallecido en su palacio de la Chesnaye el ilustre ingeniero cuyo nombre irá eternamente unido á la más grande de cuantas empresas se han realizado en el presente siglo, y cuya gloria no bastará á obscurecer el desastre de la última de sus atrevidas concepciones.

El conde de Lesseps nació en Versalles en 19 de noviembre de 1805, y á los veinte años de edad ingresó en la carrera consular, desempeñando diversos cargos en Lisboa, en Túnez y en Egipto, hasta que en 1833 fué nombrado cónsul del Cairo. Al año siguiente pasó al consulado general de Alejandría, cuando la peste diezaba la población, y posteriormente ejerció igual destino en Rotterdam (1838), en Malaga (1839) y en Barcelona (1842), en donde, con ocasión del bombardeo llevado á cabo por Espartero, prestó grandes servicios, no sólo á sus compañeros, sino que también á los españoles, y en una palabra, á la ciudad entera, mereciendo por ello honores y recompensas de todos los gobiernos y que la Cámara de Comercio le diera públicamente las gracias y mandara esculpir su busto en mármol: el obispo asocióse también á estos homenajes y S. M. doña Isabel II, apenas fué declarada mayor de edad, le concedió la encomienda de Carlos III de primera clase. La revolución de 1848 en París obligó á ir á Francia, de donde fué á Madrid como ministro plenipotenciario, siendo agraciado entonces con la gran cruz de Isabel la Católica. Enviado á Roma cuando se supo el ataque de la ciudad por el ejército francés, vió los asuntos de la república romana bajo un aspecto más favorable de lo que su gobierno deseaba, y habiendo hecho públicas sus impresiones, el general Oudinot, jefe de las fuerzas expedicionarias, embarcóle en Civitavecchia.

Desautorizado por el gobierno y sometido al Consejo de Estado, Lesseps, que hace algunos años publicó un libro lleno de documentos defendiendo su conducta, abandonó á consecuencia de aquel suceso la carrera diplomática y marchó nuevamente á Egipto, en donde concibió y maduró su proyecto de apertura del istmo de Suez. Las dificultades diplomáticas, los recelos de Turquía, las rivalidades de los ingleses y las dudas y objeciones de algunos ingenieros fueron otros tantos obstáculos que retardaron la ejecución del atrevido plan, pero no bastaron para quebrantar la fe y la firmeza de Lesseps, que supo vencer todas las dificultades, y que en 20 de noviembre de 1869 pudo ver recompensados sus afanes, sus esfuerzos y sus gigantescos trabajos cuando en presencia de soberanos, sabios y periodistas juntáronse con las del Mar Rojo las aguas del Mediterráneo.

En los comienzos de 1879 y cual si la gloria que le valió la apertura del istmo de Suez no fuera para él sino acicate que le impulsara á nuevas y no menos colosales empresas, inició una vigorosa campaña en pro del canal de Panamá, cuyos resultados, lejos de corresponder á sus cálculos y esperanzas, fueron un desastre financiero y un ruidoso proceso que han amargado los últimos años de su vida, minada ya por los sinsabores sin cuento que las punto menos que invencibles dificultades materiales de su proyecto le habían ocasionado antes.

La posteridad, olvidando el fracaso, bendecirá siempre la memoria del *gran francés*, recordando su anterior triunfo.

Lesseps estaba emparentado con la ex emperatriz de Francia Eugenia, por su madre, la señora Power de Málaga, que era tía de la condesa de Montijo. Perteneció á innumerables

academias científicas de todos los países y poseyó gran número de condecoraciones de todos los Estados, entre ellas la gran cruz de la Legión de Honor, que le fué otorgada en 1869.

Una feria montañesa, dibujo de Mariano Pedrero. - El abigarrado conjunto de una feria montañesa ha ofrecido ocasión al discreto artista santanderino para ejecutar el dibujo cuya reproducción fotográfica figura en las páginas de esta Revista. El bullicioso movimiento de los campesinos, las improvisadas cocinas al aire libre, en las que alrededor de rústicos hornillos humean diversidad de pucheros, los merenderos y figones, los grupos de vendedores y compradores, el ganado y cuanto constituye esos primitivos y perpetuados centros de popular contratación, recuérdanos las patriarcales costumbres de nuestras provincias del Norte, y especialmente el precioso capítulo en el que el inimitable Pereda, el novelador montañés, describe la feria de *Pedreguero* en su *Don Gonzalo*.

Acertado ha estado el Sr. Pedrero en su composición, á la que ha sabido dar verdadero sabor de localidad, produciendo un cuadro de costumbres de gran interés, pues tiene un doble aspecto, el artístico y el nacional.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. - LONDRES. - La Antigua Sociedad de Acuarelistas celebra su acostumbrada exposición de invierno, para la cual sólo se han admitido croquis y estudios: en ella llévanse la palma con sus paisajes Alberto Goodwin y Mathew Hale, que rivalizan en finura de composición y delicadeza de colorido. Llamamos también mucho la atención las marinas y paisajes de A. W. Hunt, Eyre Walker, Rosa Barton, Carlos Davidson, Napier Henry y Walter Crane y las figuras y retratos de E. A. Hughes.

PARÍS. - La viuda de Eduardo André ha regalado al Louvre, como legado de su esposo, el cuadro *La Virgen rodeada de santos*, de Hans Memling, que aquél había adquirido de la colección Secretan por 80.000 francos.

HAMBURGO. - Proyéctase construir un monumento á Bismarck, que de realizarse no dejará de llamar la atención por lo original. Sobre la meseta que con el nombre de Falkenstein Blankenese se eleva á 140 metros sobre el Elba, se construirá un castillo gótico de 45 metros de anchura por 20 de profundidad, en el cual habrá, como sitio principal, un salón de los Hohenzollern: en éste se colocarán las estatuas de los emperadores y cuadros que representarán los episodios más notables de la historia de Alemania. El edificio estará coronado por una estatua colosal de bronce, de 20 metros de alto, del gran canciller en ademán de dar muerte con su espada al dragón de la discordia.

LEIPZIG. - Para el Museo de la Ciudad se han adquirido 59 dibujos, en su mayoría á la pluma, de Max Klinger y los originales de la última obra de este celebrado maestro, *Fantasías de Brahm*, colección de grabados de gran mérito.

Teatros. - En el teatro de la Corte, de Viena, se ha estrenado con buen éxito una ópera en tres actos del maestro italiano Smareglia, titulada *Cornelio Schutti*.

- En el teatro Constanzi, de Roma, se ha estrenado con aplauso una ópera en dos actos, *Il voto*, del maestro Vallini.

PARÍS. - Se han estrenado con buen éxito: en el teatro de L'Oeuvre *La vie muette*, drama en cuatro actos de Mauricio Beanbourg, interesante estudio psicológico que, si bien peca de cierta monotonía y languidez, tiene algunas escenas de gran vigor dramático; y en Menus Plaisirs *L'élevé du Conservatoire*, linda opereta en tres actos de P. Burani y E. Keroul, música de Leopoldo Wenzel.

MADRID. - En el teatro de Lara se ha estrenado con gran éxito una zarzuela en dos actos, *La hija del barba*, letra y música del popular actor Julián Romea. En el Real se ha reproducido con mejor éxito que cuando se estrenó el año pasado la ópera de Puccini *Manon Lescaut*, admirablemente dirigida por el maestro Mugnone. *Los condenados*, drama en tres actos de Pérez Galdós, estrenado en el teatro de la Comedia, ha sido una lamentable equivocación, de la que no tardará de seguro en repenirse el insigne novelista.

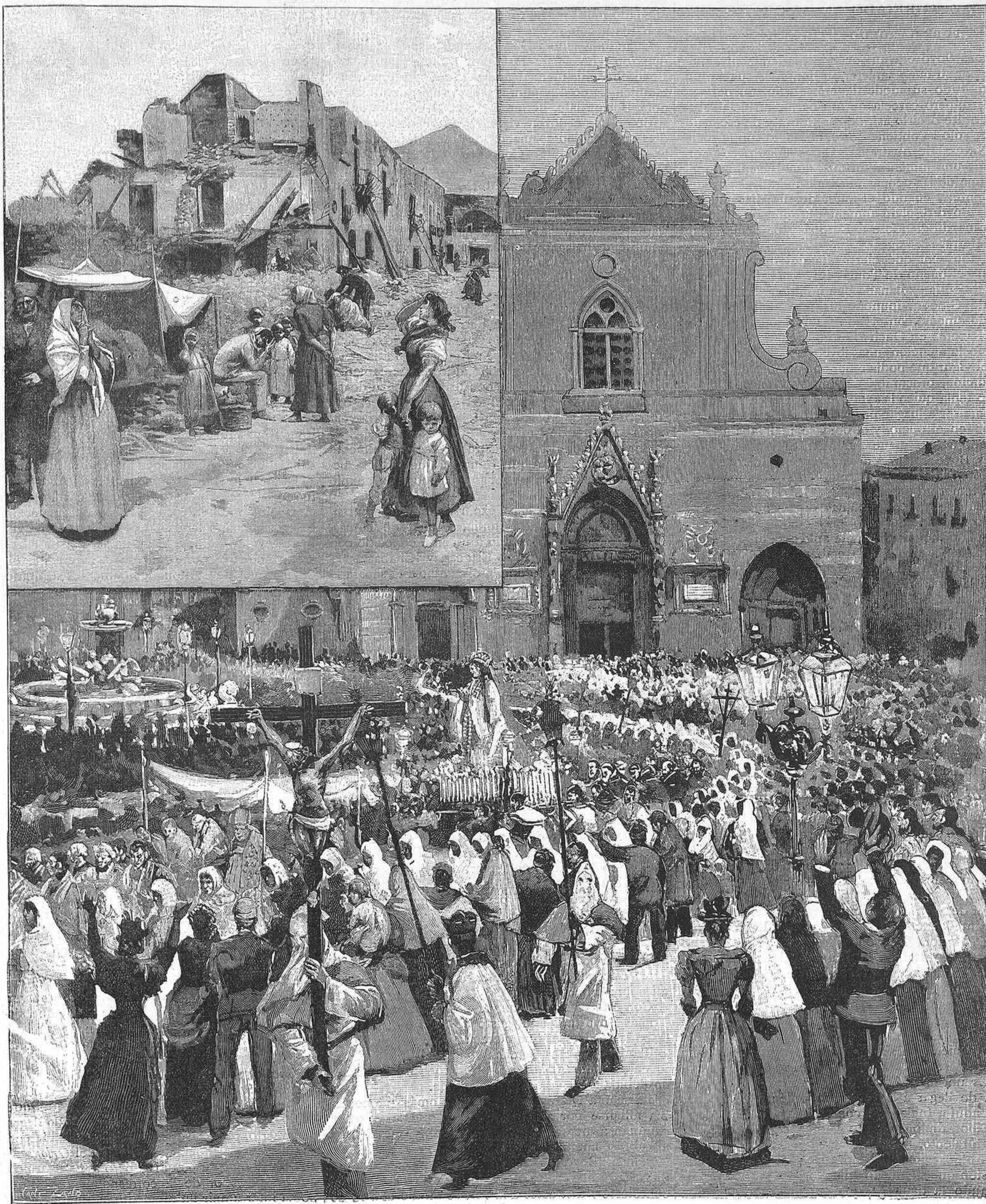
BARCELONA. - Se ha estrenado con muy buen éxito en el Principal la interesante é ingeniosa comedia en tres actos de Sardou *Las patas de mosca*, muy bien traducida por D. Marcial Morano. Ha comenzado con buen pie la temporada del Liceo, habiendo debutado y merecido aplausos las tiples Lili Lejo, Mas é Italia Repetto, los tenores Moretti y Gennari, el barítono Astillero y el bajo Waurell, y estrenándose *L'amico Fritz*, de Mascagni, que ha gustado bastante, especialmente el dúo y final del segundo acto y el preludio del tercero. El maestro director Spretino ha sido muy aplaudido en todas las óperas que ha dirigido. En el dicho teatro se ha reproducido con el mismo éxito que cuando se estrenó el precioso baile de *Les Delibes Coppelia*.

Necrología. - Han fallecido:

Hugo Christoph, director del Museo Entomológico del gran duque Nicolás Mikailovitch en San Petersburgo, célebre entomólogo que en sus viajes á la Rusia asiática y al Norte de Persia descubrió muchas especies nuevas de insectos.

Victor Duruy, famoso historiador francés, profesor de la Escuela Politécnica, ministro de Instrucción pública, senador, miembro de las Academias de Inscripciones y Bellas Letras y Francesa, gran oficial de la Legión de Honor, autor de muchas y muy importantes obras históricas, entre ellas la *Historia de los Romanos* y la *Historia de los Griegos*, que hemos publicado en nuestra Biblioteca Universal.

D. Bernardo Rico, notable grabador y dibujante, presidente del Círculo de Bellas Artes de Madrid y director artístico de *La Ilustración Española y Americana*.



LOS TERREMOTOS DE SICILIA Y DE CALABRIA. - PROCESIÓN CELEBRADA EN MESSINA. - EPISODIO DESPUÉS DEL TERREMOTO DE BAGNARA

LOS TERREMOTOS DE SICILIA Y DE CALABRIA

El 16 de noviembre último comenzaron á sentirse en las provincias de Messina y Catania y en las de Reggio di Calabria y Catanzaro los terremotos que durante tantos días han tenido aterrorizados á los habitantes de aquellas regiones y que han causado tantos destrozos y tantas víctimas. En Messina, tras algunos ruidos subterráneos derrúmbanse el campanario de la catedral y el célebre faro, y cuartéanse las Casas Consistoriales y otros edificios; al poco rato una sacudida violenta lleva el pánico á todas partes, y la gente se lanza á la calle dando alaridos de terror, rezando, organizando procesiones y abandonando muchos la ciudad. Ciérranse las tiendas y las escuelas, alborótanse los presos en las cárceles, los círculos católicos acuden á la autoridad en demanda de permiso para celebrar una procesión de rogativa á la Virgen de la Lettera y el pánico y el fanatismo llegan á su colmo. El rey remite so-

corros y el gobierno envía al general Mirri para que visite cuarteles y hospitales y adopte las convenientes medidas. De noche, gendarmes, guardias municipales y soldados patrullan por las calles de la ciudad llenas de gente que no se atreven á acercarse siquiera á sus casas, y durante varios días continúa este triste espectáculo y siguen los lamentos, las plegarias, las procesiones y también los terremotos.

En la Calabria el terror es el mismo y los daños son aún mayores. El poblado de San Procopio se derrumba y cuarenta y dos personas quedan sepultadas entre las ruinas de una iglesia. En Palmi los muertos son siete y cincuenta los heridos; en Bagnara las fuertes y continuas sacudidas han desolado la comarca, muchos edificios se desploman, y muchos más sufren desperfectos de consideración: háblase de ocho muertos, pero se cree que sean más. Falta el pan, faltan socorros, nadie se atreve á andar por las calles porque las casas que todavía permanecen en pie amenazan venirse abajo. En Seminata perecen

13 personas y más de 50 resultan heridas; en Fiumara los edificios se hacen inhabitables, en Reggio di Calabria se verifica una procesión solemne impetrando la ayuda de la Virgen de la Consolación; en Barcellona, en Milazzo, en Scilla, en todas partes las mismas escenas de desolación.

Tal es el espectáculo terrorífico que se ha ofrecido en aquellas hermosas regiones de Italia, y aunque la caridad ha acudido en auxilio de los damnificados, y el gobierno ha atendido con extraordinario celo á las regiones desoladas, adoptando cuantas medidas ha creído necesarias para remediar los daños por los terremotos producidos, mucho tiempo ha de transcurrir hasta que se puedan borrar las huellas de tantos desastres.

Nuestro grabado representa una de las procesiones celebradas de día en Messina en el momento en que pasa por la plaza de la Catedral y un episodio después del terremoto de Bagnara. - X.

PORFIADO EN AMOR

POR HAROLDO MACFARLANE

Tomás Boyd era un joven verdaderamente apreciable por su buen carácter, su honradez, su rectitud, y sobre todo su modestia; era, en fin, un perfecto caballero; pero carecía de ese barniz artificial, si se nos permite decirlo así, de esa finura y de ese artificio que sólo se obtiene por el contacto con la sociedad. Natural de Australia, había ayudado á su padre á reunir una inmensa fortuna, como agente de buques, una de las ocupaciones más lucrativas en aquel continente; y cuando el autor de sus días falleció, Tomás Boyd resolvió aumentar la suma de sus conocimientos dirigiéndose á Europa y particularmente á Inglaterra.

He aquí por qué cierto día del mes de agosto de 1891 el bueno de Tomás Boyd se hallaba tomando el sol en la explanada que impide á las aguas del lago de Ginebra inundar los magníficos jardines, cuidadosamente conservados, del «Hotel de la Hermosa Ribera» en Ouchy-Lausana, cuando de pronto le llamó la atención una joven que, remando con todo el vigor que podía tener una persona de su sexo y condición, procuraba dar impulso á un bote, porque no tenía quien la ayudase. Aquella señorita, pues tal debía ser á juzgar por su aspecto, era al parecer novicia en el oficio, y el bote se inclinaba á uno y otro lado de una manera alarmante, en términos que Tomás Boyd corrió á desamarrar un ligero esquife que vió en la orilla y se dirigió en él al sitio donde era de temer un desastre.

Hallábase ya como á unas diez varas del bote, cuando un golpe de remo más enérgico de lo que convenía ó inoportunamente aplicado, dió lugar á lo que ya debía temerse; la embarcación quedó casi tumbada de un lado, y la joven cayó al agua. Cuando salió á la superficie, Tomás la sostuvo con el garfio que en su esquife llevaba, mas no sin hacer un desgarrón en el elegante y precioso vestido de la remera, quien rogó á su salvador que retirase pronto el garfio porque deseaba ganar la orilla cuanto antes.

Tomás lo hizo así, y la señorita, empuñando otra vez los remos, hizo avanzar su bote hasta que pudo saltar en tierra, donde una dama de aire distinguido, aunque de aspecto de matrona aristocrática, abrazó estrechamente á la joven que acababa de salvarse de un grave peligro.

Ahora bien: cuando un hombre cree que se le debe elogiar por algún acto de audacia ó por hacer una cosa que le distingue entre los demás hombres, y ve que ni siquiera se le dan las gracias, nada tiene de extraño que deje escapar algunas palabras duras, censurando semejante falta de urbanidad y de agradecimiento; pero Tomás Boyd no era como sus semejantes, por lo tanto se limitó á expresar su disgusto con una simple exclamación, y después remó á su vez hacia la orilla.

Aquí debemos hacer una ligera digresión para la mejor inteligencia de nuestra historia. La noche anterior, la señora Derwentwater, la dama de aspecto de matrona, restablecida de un ataque de histerismo, había preguntado á su vecino quién era cierta joven de «rostró descarado» á quien veía sentada á una mesa contigua.

—No lo sé, la contestaron; pero el que está con ella es Tomás Boyd.

—¿Y quién es ese Tomás Boyd?, preguntó la dama aristocrática.

—Es un australiano tres veces millonario, que acaba de llegar á Europa, proponiéndose marchar desde aquí á Inglaterra, contestó el caballero Algeron Elliot, diplomático en ciernes, con pretensiones de gran talento.

—¡Ah!, exclamó la señora Dewentwater con una expresión que significaba mucho.

Cuando la náufraga, que era la señorita Emilia Lodore, se encaminó al hotel, señalando su paso con el agua que chorreaba de su elegante traje, no iba acompañada de la matrona porque ésta se había quedado á la orilla del lago para abrazar al salvador de su hija cuando desembarcase y darle las gracias por su arrojo.

—Señora, dijo Tomás Boyd para poner término á los elogios de que era objeto, su señora hija se ha salvado por sí propia.

—¡Oh!, repuso la dama, usted no sabía que el lago no tiene apenas fondo en el lugar del incidente; si hubiera sido profundo, mi hija habría perecido sin el auxilio de usted, y por lo tanto debo considerarlo como su salvador.

Discutieron sobre el asunto algún tiempo, y después Boyd, convencido de que era inútil argüir con una mujer, consintió en pasar por héroe; y andando el tiempo llegó á ser muy amigo de toda la familia,

excepto de la señorita Emilia, cuyo vestido había quedado inútil por el rasgón triangular que el garfio le había hecho.

Cuando la señora Derwentwater y sus hijas abandonaron el hotel para trasladarse á Interlaken, Tomás Boyd fué allí, merced á una invitación especial, y también siguió á la familia á Inglaterra, donde la señora Borrowdale, hermana de la Derwentwater, insistió en que el joven viajero permaneciese algunos días en Las Hiedras, magnífica posesión que la familia tenía en el campo. Con el trato de esta gente distinguida, Tomás, que era un diamante en bruto, adquirió bastante pulimento; de modo que al fin pudo brillar, ya que no distinguirse sobre todos, en el círculo á que pertenecían las familias de Derwentwater y Borrowdale. Desde entonces jamás hubo hombre tan halagado por todos como Boyd: no se emprendía excursión alguna sin que fuese de la partida. Solamente Emilia Lodore le rechazaba con insistencia, aprovechando todas las oportunidades para burlarse de él, lo cual acabó por que el buen Tomás se enamorase verdaderamente de ella.

Cuando estuvo plenamente convencido de que amaba á Emilia, creyó oportuno decírselo á la señora Derwentwater, que escuchó al joven atentamente, y aconsejóle esperar un poco antes de hacer su declaración á Emilia. Después fué á participar el caso á su hermana y á preparar con ella un plan para vencer la antipatía de Emilia.

Por entonces el joven australiano salvó realmente la vida de la mujer á quien amaba, que hubiera perecido sin remedio á no ser por el oportuno auxilio del aspirante á su mano.

En una de las muchas excursiones que emprendían casi diariamente, Emilia, seguida de Tomás, había conducido un caballo á un sitio conocido con el nombre de Paso de las Estacas, y hallábase precisamente en un sitio donde el camino está separado tan sólo por un parapeto bajo de un precipicio. Un turista que se hallaba á cierta altura en la montaña y á quien no se podía ver á causa de una saliente de aquélla, había desencajado de su lecho una piedra muy grande, y acababa de hacerla rodar, después de no pocos esfuerzos, solamente para tener el gusto de observar la rapidez con que descendía. La piedra rodó rozando á su paso el caballo de Emilia, desapareciendo en el fondo del abismo. El caballo, espantado, se precipitó á su vez en la profundidad; mas no con la amazona, que arrancada de la silla por los robustos brazos del australiano, en el instante en que el cuadrúpedo saltaba por el parapeto, se libró de una muerte segura.

Emilia manifestó su agradecimiento al hombre que acababa de salvarla; pero lo hizo de una manera desabrida, con cierto desdén, lo cual fué casi tan enojoso como la más negra ingratitud.

Cuando los demás comentaron el hecho, y Boyd, el hombre más modesto del mundo, comenzaba á regocijarse, creyendo haber conquistado al fin á la mujer amada, Emilia desvaneció muy pronto su ilusión diciendo:

—Sí, debo estar muy agradecida; pero daría cualquier cosa por no hallarme aquí. No hablemos más de eso, porque me desagrada, haciéndome pensar en mi pobre caballo.

Con esto cambió la conversación, y una vez más Tomás Boyd tuvo el disgusto de que no se le tributasen las alabanzas que merecía.

Transcurrió una semana más, y al fin de ella el joven australiano hizo su proposición de casamiento en debida forma; pero fué rechazada.

La señora Derwentwater dijo á Tomás que no debía afligirse por aquella negativa; que las jóvenes cambian á menudo de pensamiento, y que al fin y al cabo se cumplirían sus deseos.

Tomás Boyd abandonó Las Hiedras bastante disgustado al ver frustradas sus esperanzas, y para consolarse y distraerse á la vez, se dirigió al Sud de Francia, donde tuvo continuas ocasiones de divertirse mucho; y lo hizo de tal modo, que la señora Derwentwater juzgó oportuno enviar allí á su hermano para que se informase sobre el género de vida de Tomás Boyd, su conducta y todo cuanto fuera de algún interés para la familia.

Pocos días después, la noble dama recibió una carta en que se decía que el australiano había entrado al parecer en relaciones con una hermosa americana que era la admiración de todos por su singular belleza y su fortuna, añadiendo que Boyd había sido al parecer muy simpático á la joven beldad.

Esta noticia era de carácter muy alarmante, tanto que se juzgó indispensable reunir al punto el consejo de familia, nombrándose presidente al marqués de Carlton, y el resultado de la sesión fué acordar una expedición marítima, invitando á ella á Boyd; y en la carta que se le escribió al efecto, se puso una pos-

data, diciéndole que no se admitiría una negativa de ningún modo.

Cuando se recibió la aceptación de Boyd, el marqués de Carlton invitó á otras personas á tomar parte en la excursión; pero como Emilia era la única mujer verdaderamente hermosa que había á bordo y Boyd el único hombre casadero, se creyó después mejor no admitir más gente.

II

En la familia Derwentwater había habido siempre mucha unión, hasta el punto de que sus individuos no quisieron nunca estar muy separados uno de otro; pero si el marqués no hubiera tenido más propósito que el de conseguir que Boyd fuese su ahijado, es muy dudoso que nadie hubiera querido seguirle en la gran excursión que proyectaba. La verdad es que el noble caballero esperaba obtener el cargo de gobernador en Australia ó en la India, cargo que se le ofreciera algún tiempo antes, y pensó que no estaría de más obtener algunos informes sobre aquellos países antes de ir á ellos oficialmente. En su consecuencia, se resolvió á visitarlos, haciendo el viaje de ida por la vía del canal de Suez y regresando por el cabo de Hornos.

Fué necesaria la más fina diplomacia, y se hubo de apelar á los más contundentes argumentos para inducir á Emilia á consentir en acompañar á la familia, y esto á pesar de haberse guardado el secreto sobre la aceptación de Boyd hasta el último instante.

Durante los primeros meses de viaje Tomás Boyd fué infatigable en sus protestas de cariño y en solicitar la mano de la desdenosa joven. Emilia, sin embargo, se mostró tan tenaz como antes, y tal vez hubiera seguido siempre así, á no ser por un feliz accidente que tuvo por resultado el naufragio del yate del marqués de Carlton, debidamente asegurado, por fortuna. Todas las cosas tienen su límite; y cuando la vida de Emilia fué salvada por tercera vez (contando el incidente de Ouchy-Lausana), la joven comprendió que no le quedaba más alternativa que la de prometer su mano al hombre que con tanto afán la solicitaba, y así lo hizo.

Haría unas treinta y seis horas que el barco *Lirio Acuático* había salido de Nueva Zelanda, cuando de repente chocó contra un arrecife. Sin perder tiempo preparáronse los botes, se dispararon cohetes y se encendieron luces de bengala para llamar la atención del primer barco que pasara.

Atendida la magnitud del desastre, hubo relativamente muy poca confusión; se llevaron provisiones á los botes, y todo estaba preparado ya para la marcha cuando alguien gritó: «¿Dónde está la señorita Emilia?»

Al pronto nadie supo qué contestar, y al ver esto Boyd volvió al barco abandonado, que amenazaba hundirse. Persuadido de esto, el capitán dió orden de alejarse del yate, y cuando los botes se hallaron á respetable distancia los tripulantes esperaron, apoyándose en los remos, con intención de permanecer allí hasta la mañana siguiente para recoger á los naufragos. Pero en aquel momento oyóse una fuerte explosión á bordo del desgraciado barco; el capitán creyó que la caldera había reventado, y al ver elevarse un cohete, como señal, de un buque situado á una milla de distancia, dió orden de remar hacia él, lo cual se hizo con tanta energía que los naufragos estuvieron muy pronto á bordo del vapor correo *Oriona*, con rumbo á Wellington.

Aunque apenas podía dudarse que el *Lirio Acuático* yacía ya en el fondo del mar, el marqués de Carlton, resolvió fletar otro buque cuando llegó á dicho puerto, para asegurarse de que se había perdido. Trató antes de inducir al capitán del *Oriona* á prestarle auxilio en su pesquisa; pero aquel marino alegó que era portador de la correspondencia, y que no podía interrumpir un momento su marcha.

Ahora bien: la razón de no haber hallado á Emilia sobre cubierta con los demás era simplemente que se había acostado muy temprano, molestanda por un fuerte dolor de muelas. El ruido y confusión que más tarde se produjeron habrían sido suficientes para despertar á cualquiera en circunstancias normales; pero Emilia había sufrido tal dolor, que se necesitó una buena dosis de cloral para que descansase un poco. Al fin quedó profundamente dormida, y así la encontró Boyd cuando forzó la puerta de su camarote.

Había necesitado algún tiempo para romper la puerta, y cuando hubo despertado á la joven lo suficiente para hacerla comprender cuánto urgía abandonar el buque, ocurrió la explosión que el capitán creyó debida á haber reventado la caldera, pero que en realidad fué causada por un pequeño barril de pólvora, que sin saberse cómo se había inflamado. Creyendo que el buque se hacía pedazos, Boyd

cogió á la joven, subió con ella rápidamente á cubierta, saltó después á un pequeño bote que por casualidad quedaba allí y remó con fuerza, tomando la dirección que en su concepto habían seguido los otros; pero la casualidad quiso que enderezase el rumbo en sentido diametralmente opuesto.

Quando hubo remado algún tiempo, soltó los remos para descansar un poco hasta que amaneciese, y cuando al fin lució la aurora, vió que había conducido por fortuna su bote á una especie de caleta de aguas tranquilas, rodeada de cerros y con la orilla poblada de magníficos árboles, cuyo follaje tocaba casi la superficie líquida. Bastaron, pues, algunos

— ¿Y eso le entristece á usted?
— Sí, Emilia ¿Acaso la extraña que piense así? Vivir de este modo con usted es para mí poco menos que una bendición del cielo, y por eso me contrista la idea de que esta situación termine.

— Yo me pregunto, replicó Emilia, cómo recibirá la sociedad á los náufragos que se hallan en nuestro caso; y temo mucho que no haya consideraciones para ellos al presentarse de nuevo. ¿No comprende usted que la situación es terriblemente crítica para una joven soltera como yo?

— Nadie se atreverá nunca á decir una palabra contra usted, señorita Emilia.

de azulado y espeso humo que se perdía en los aires.

Aquello no era, pues, una isla desierta, y sí una ranchería en estado muy floreciente, á juzgar por las dimensiones de la casa que había junto á la granja.

Un sentimiento de amarga decepción contristó á Tomás Boyd al pensar que, precisamente cuando comenzaba la intimidad entre él y Emilia por efecto de su desgracia común, ésta debía tocar á su término.

Sin embargo, se dirigió á la granja, entregado á las más amargas reflexiones, y á mitad del camino salióle al encuentro un hombre.

— ¡Tomás Boyd!, exclamó, abriendo los brazos como para estrechar al joven.



¿Y cree usted, repuso Emilia, que vamos á pasar toda la vida aquí?

golpes de remo para que Tomás Boyd pudiera desembarcar con su compañera en una playa arenosa.

Junto al arrecife que formaba el cuarto lado de la caleta veíase el *Lirio Acuático* intacto aún.

Y antes de que la noche cerrara, Tomás Boyd había levantado dos tiendas en aquella orilla, y Emilia Lodore preparaba la cena — ¡oh fuerza de las circunstancias! — mientras que su compañero iba á buscar los víveres necesarios en el barco náufrago.

Tal fué el estado de cosas durante algunos días, en uno de los cuales Boyd exploró su dominio; pero volvió muy cansado y abatido al parecer.

Emilia se había mostrado últimamente más amable, sin duda por efecto de aquel compañerismo forzoso, y porque la desgracia común debía establecer mayor intimidad entre los jóvenes; de modo que al fin de la primera semana de aquel género de vida á lo Robinsón Crusoe, Emilia manifestó una amabilidad que el bueno de Tomás no había conocido nunca.

— Parece que está usted desanimado, dijo á Boyd una tarde en que el joven se hallaba sentado frente á ella con la cabeza entre las manos, y sumido al parecer en profundas reflexiones.

— Sí, contestó el australiano, levantando la cabeza para mirar á su interlocutora, estoy triste y abatido.

— ¿Y cree usted, repuso Emilia, que vamos á pasar toda la vida aquí?

— Yo desearía..., no, quiero decir que en mi concepto nos recogerán pronto.

— ¿Le parece á usted que no? Pues yo lo dudo mucho, á menos que...

— ¿Qué?

— Muy sencillo; á menos que se case usted conmigo.

Al oír estas palabras, Tomás Boyd creyó ver el cielo abierto, y á su expresión de tristeza siguió otra de inefable alegría.

Al día siguiente, un barco mercante recogió á los dos náufragos.

III

Dos palabras de explicación para que el lector sepa por qué Boyd estaba tan seguro de que serían recogidos muy pronto.

El segundo día después de haber desembarcado fué el que Tomás destinó á su exploración, y como era natural, quiso buscar el punto más alto, al que subió á duras penas y á fuerza de trepar, á expensas de su ropa en general y de sus manos en particular; pero en cambio obtuvo la recompensa de sus fatigas.

En un lado veíase la caleta, las dos tiendas y el *Lirio Acuático*; en el otro, la montaña, cuya suave pendiente llegaba hasta una fértil llanura, en cuyo lado extremo divisábase el mar.

No podía dudarse que se hallaban en una isla; pero lo que más llamó la atención de Tomás Boyd fué ver en dicha llanura una casa, ó mejor dicho, una granja, de cuya chimenea elevábase una columna

— ¡Santiago Thornton!, gritó á su vez el australiano en el colmo de su sorpresa.

Después comenzaron las explicaciones.

— Yo iré á recogeros con el bergantín, dijo Santiago poco antes de despedirse.

— Agradezco tu amabilidad; pero á decir verdad, yo no quisiera moverme de aquí.

Estas palabras dieron lugar á nuevas explicaciones, á las cuales puso término Santiago Thornton con las siguientes palabras:

— Pues entonces, hasta el miércoles.

Santiago era un buen amigo, y para Boyd una verdadera joya en aquel caso. Ya hemos dicho que Tomás volvió á la caleta muy abatido, y también sabemos cómo se consoló. Llegado el miércoles, los dos náufragos fueron recogidos, y veinticuatro horas después hallábanse en el otro lado de la isla. El trayecto no era más que de diez millas; mas dieron un considerable rodeo, porque Tomás no quería que Emilia supiese lo que había convenido con Santiago.

Llegaron á Wéllington antes de salir la expedición que debía ir á buscarlos; y como comenzase á soplar un fuerte huracán, no se creyó que valiera la pena de ir á explorar la isla para recobrar el yate.

En la hospitalaria casa de Santiago Thornton pasaron la luna de miel Boyd y su adorada Emilia, que profesaba ya el más acendrado cariño al hombre á quien tanto había desdeñado.

TRADUCCIÓN DE E. L. VERNEUIL

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL GRAN CANAL DE CHICAGO

Las fuentes del río Des Plaines están en Wisconsin, cerca del lago Michigan. El río corre hacia el

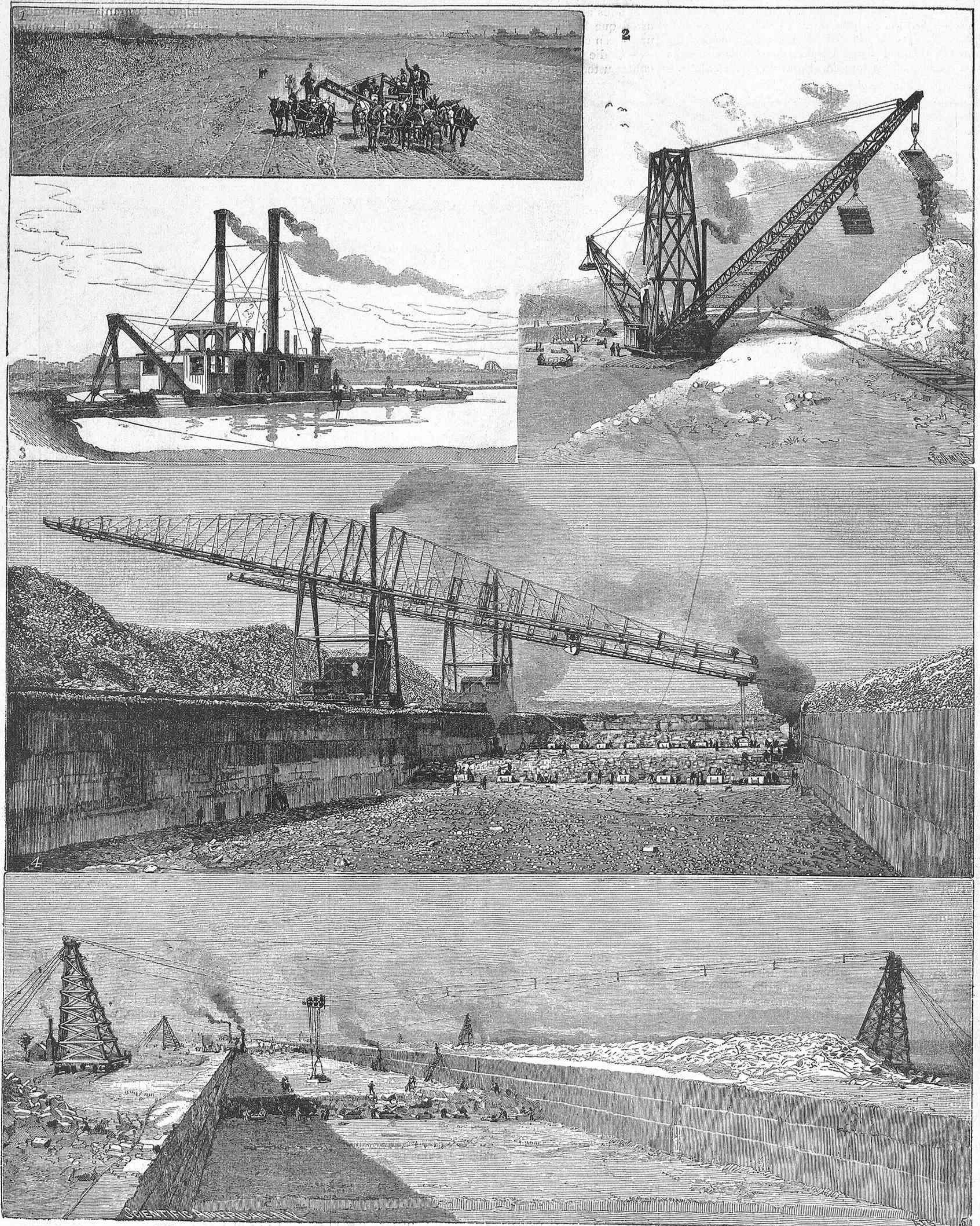
Sur casi paralelamente con la orilla occidental del lago, y después de llegar á la paralela de Chicago se tuerce hacia el Sudeste, y pasando por Joliet, junta sus aguas con las del Kankakee, para formar el Illinois.

La combinación de aguas pasa por el cauce del

Illinois al del Mississipi, desembocando en éste un poco más arriba de la boca del Missouri.

Por la ciudad de Chicago serpentea una pequeña corriente llamada el río Chicago que penetra en el lago.

Entre la orilla de éste y el río Des Plaines cerca



Construcción del gran canal de Chicago que ha de unir esa ciudad con el golfo de México

1, Vista del valle del río Des Plaines. - 2. Cabria de vapor para la extracción de tierras. - 3. Draga de vapor. - 4. Grúa de vapor para la colocación de los bloques. - 5. Vista del cauce del canal

de Chicago hay una distancia de unas 10 millas y entre el río Chicago y el Des Plaines no hay más que dos.

En la actualidad gran parte de las inundaciones de la ciudad de Chicago van directamente á parar al lago, amenazando contaminar las aguas de la ciudad, á pesar de tomarse éstas bien lago adentro. Para evitar ese contagio principalmente se han emprendido los grandes trabajos que van en parte representados en nuestro grabado.

Como queda expuesto, en Chicago hay una verdadera bifurcación de las aguas de los ríos, por el Este entrando unas en el lago Michigan, por el Oeste alcanzando otras el golfo de México, á través de los ríos Des Plaines, Illinois y Mississipi. Si aquella extensión que divide la bifurcación de las aguas se abre, las aguas del lago Michigan entrarán en el golfo de México lo mismo que lo hacen en el golfo de San Lorenzo, y una vía interna de comunicación fluvial

existirá desde las Provincias Británicas, á través del San Lorenzo, de los grandes lagos hasta el golfo de México.

Se están haciendo los trabajos con esta gran mira, y si todo marcha bien, para el año de 1896 la ciudad de Chicago se comunicará directamente con el golfo de México por medio del nuevo canal.

Si enlazar las aguas entre el río Des Plaines y el lago Michigan por medio del río Chicago es relativamente obra baladí de ingeniería, las necesidades del caso requieren extensas obras de excavación.

El río Des Plaines está casi seco en algunas estaciones, pudiendo pasar sus aguas por una tubería de seis pulgadas de diámetro; pero cuando crece y se desborda despéñase en un volumen de 800 000 pies cúbicos por minuto.

Para obtener la construcción de un canal á través del valle del río Des Plaines, se ha abierto en algunos puntos un nuevo cauce para el río, con un costo

de cerca de 1.000.000 de dollars. Esta obra solamente requirió una excavación de 13 millas del nuevo cauce, paralelamente con el canal principal de drenaje; y para alejar de éste las aguas del Des Plaines se necesitaron 19 millas de dique contra avenidas; pues el canal de drenaje tiene que limitarse á llevar las inundaciones de la ciudad, diluidas más ó menos por el lago, hasta la parte baja del río Des Plaines, cerca de Joliet.

El costo total del nuevo canal será de 21.799.283,82 dollars. Los trabajos empezaron en septiembre del 92, y estarán terminados en noviembre del 96. Las excavaciones de todas clases representan las dos terceras partes del costo á que ha de ascender la apertura del canal que una á Chicago con el Mississipi.

Los trabajos del Illinois y del Mississipi para completar la obra colosal los hará la nación con sus fondos federales y la ciudad de Chicago quedará unida con el golfo de México.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y terso
 GANDES et Co. 84 St-Denis, 16

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afeciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la Sa^a de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Enfermedades de la Vegiga
 Arenilla, Mal de piedra, Incontinencia, Retención, Cólicos nefríticos, curados por las **PÍLDORAS Benzoicas ROCHER**
 Fl. 5 francos ROCHER, farmacéutico, 112, r. Turenne, Paris.
 Léase con atención el folleto ilustrado que se remite contra envío de 1 Peseta.
 En Barcelona: Vicente Ferrer

CEREBRINA REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, PARIS
 In MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

EL APIOL DE LOS DOCTORES JORET Y HOMOLLE
 REGULARIZA LAS EPOCAS.
 IMPIDE LOS DOLORES.
 RETRASOS, SUPRESIONES, &c.
 Dosis: una ó dos capsulas mañana y tarde.
 FRASCO 450.- TODAS FARMACIAS.
 MEDALLA DE ORO, Exposición de ANVERS 1894.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos (Etiqueta adjunta en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs.
 En todas las Farmacias de España.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALGIAS
 DIGESTION LENTAS y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

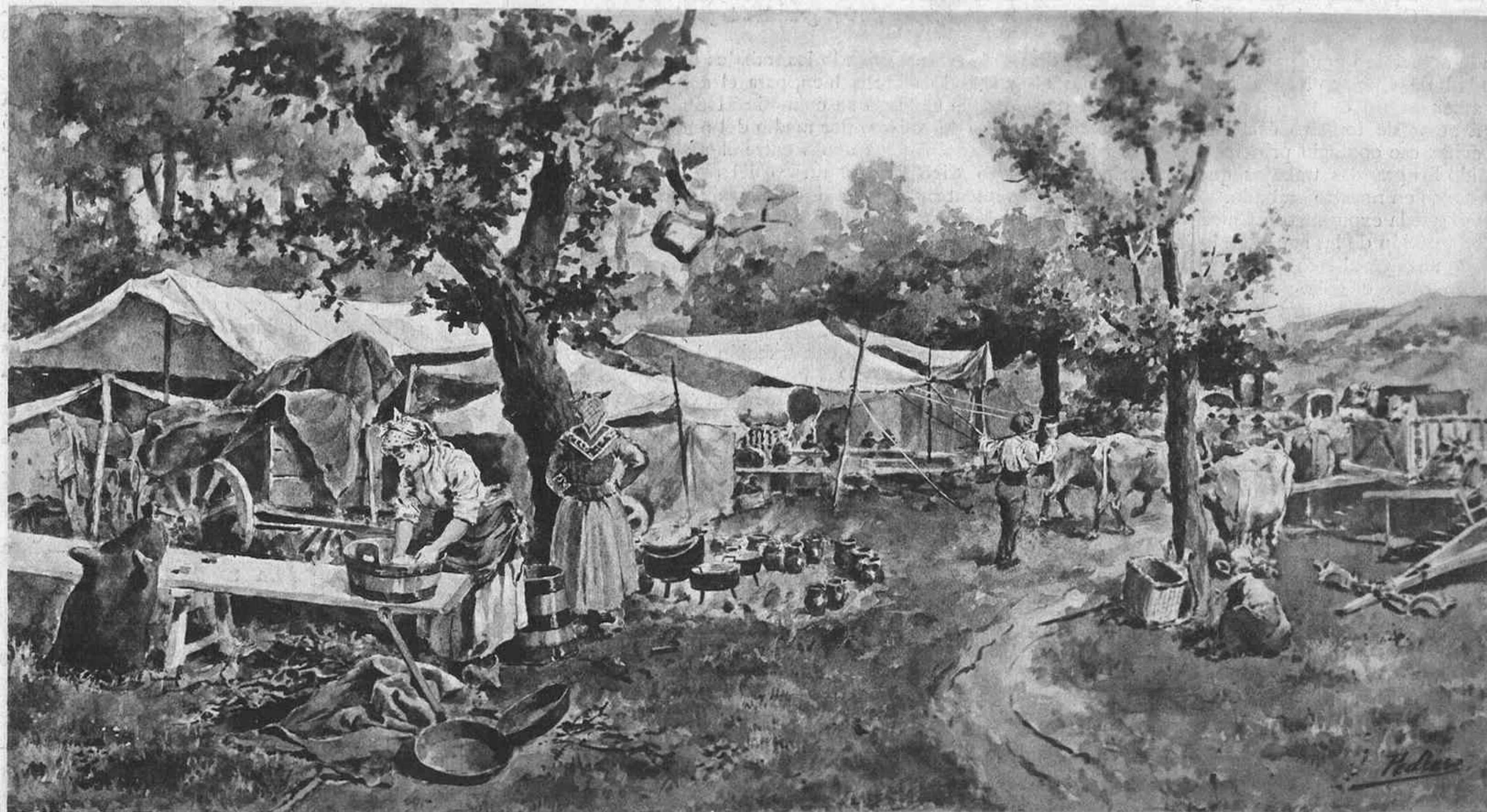
JARABE ANTIFLOGÍSTICO de BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abaloles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

Las Personas que conocen las **PÍLDORAS DEHAUT** DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO DE VIVAS PEREZ
 Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina. Recomendados por la Real Academia de Medicina.
CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de Indisposiciones del Tubo Digestivo, Vómitos, Diarreas de los Tisicos, de los Viejos, de los Niños, y del público tanto favor por sus buenos y brillantes resultados, que de las Embarazadas y de los Niños, son la admiración de los enfermos.
 DE VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS DEL MUNDO.
 España, Almeria, Laboratorio Vivas Pérez, de donde se envían muestras á quien las pida.

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afeciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloración y la Energía vital.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmacéutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BÓTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

VELOUTINE FAY POLVO DE ARROZ EXTRA preparado con bismuto
 por Ch. Fay, perfumista
 9, Rue de la Paix, PARIS
 El mejor y mas célebre polvo de tocador



Una feria montañesa, dibujo original de Mariano Pedrero

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por esencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *Intestinos*. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.

Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Succesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la Arma AROUD

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GRAJEAS DEMAZIÈRE
CÁSCARA SAGRADA IODURO de HIERRO y CÁSCARA

Dosadas à 0gr. 125 de Polvo. Verdadero específico del ESTREÑIMIENTO HABITUAL

10gr. 10 de Ioduro, 0gr. 03 de Cáscara. El mas ACTIVO de los FERUGINOSOS. No produce estreñimiento.

PARIS, G. DEMAZIÈRE, 71, Avenue de Villiers.—Nuestras grátias á los Médicos.
Depósito en todas las principales Farmacias.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Selne.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD

En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.

25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
J. FERRÉ y C^{ie}, 102, R. Richelieu, Paris.

QUINA ANTI-DIABÉTICA ROCHER

FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos contra 6 fr.—Deposito ROCHER, Farmaceutico, 112, Rue de Turenne, PARIS, y FARMACIAS. Envío gratis y franco de un estudio interesante indicando causas y consecuencias de la DIABETIS.

En Barcelona: Vicente Ferrer

Pildoras y Jarabe de BLANCARD

Con Ioduro de Hierro Inalterable.

ANEMIA COLORES PÁLIDOS RAQUITISMOS ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS, etc., etc.

Exigase la Firma y el Sello de Garantia.—Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

Solucion **BLANCARD** Comprimidos de Exalgina

JAQUEGAS, COREA, REUMATISMOS DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento. CONTRA EL DOLOR

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria